

Isabel Mellado



CUENTOS

El perro que comía silencio

Isabel Mellado

El perro que comía silencio



Isabel Mellado, *El perro que comía silencio*
Primera edición digital: mayo de 2016

ISBN epub: 978-84-8393-546-0

© Isabel Mellado, 2011

© De la ilustración de cubierta: Isabel Mellado y Francis Requena

© De las ilustraciones interiores: Isabel Mellado

© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2016

Voces / Literatura 141

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

A Dominik Wollenweber

Entre mi almita y yo un perro come.
Herta Müller

I

MI PRIMERA MUERTE

EL PERRO QUE COMÍA SILENCIO

Hubo un tiempo en que me llamé Croqueta. Así me llamaba mi amo. Mentecato lo llamaba yo a él, pero eso nunca lo supo. Ahora me gritan chucho. A mí me gusta titularme Zorba, el perro.

Y sí, soy un perro *free lance* de pueblo. Tardé en darme cuenta de que esta vez solo sería eso. No ponía huevos, tampoco tenía cuernos, ni hablar de hacer patinaje sobre hielo.

Al poco de nacer me abandonaron en un vertedero. Allí me recogió don Mentecato y me apadrinó prometiendo cuidarme toda mi perra y su aún más perra vida, pero como era de esperar no cumplió su palabra y no se lo reprocho. Viene a mi mente la frase «Errar es humano, perdonar es perruno». A lo largo de mi vida he comprendido que casi ningún hombre tiene palabra, pero todos tienen silencios y eso es lo esencial.

Es muy difícil mentir con el silencio. Para mí es un recurso natural, como el agua. Hay días en que solo me alimento de eso, y claro, así estoy también flaco como perro; o como bromearía mi compadre pastor alemán: no es que sea flaco, es que tengo los huesos bien afuera. Además parezco de gamuza con la tiña que agarré al revolcarme con una perrita choca de los suburbios y que me da un *look* bohemio.

Mis silencios preferidos son el silencio del hueso y el silencio de los enamorados que huele a bistec y anhelo. En cambio el silencio de los cónyuges suele ser turbio y estrecho y no es solo uno compartido, sino al menos dos, por lo general antagónicos. A mí personalmente me ponen la carne de gallina y eso bien se sabe que para un can no es nada bueno.

Soy zurdo convencido. Meneo la cola con oficio de izquierda a derecha, me despierto de izquierda a derecha y si el tiempo me permite elegir planto preferentemente el mordiscón en el muslo izquierdo del masticable contrincante.

¿Que por qué me fascinan los gatos? Porque son algo así como el resumen de la noche, sobre todo los negros. Pienso que si logro finalmente despedazar a alguno liberaré todos los amaneceres que contiene. Soy re patiperro, creo en el espacio abierto y en la posibilidad de las esquinas.

CARNE DE ESPEJO

Hoy mi espejo se puso furioso porque llegué tarde a la cita matutina.

Cuando salí de la ducha estaba empañado, su única manera de cerrar los párpados y hacerme un desdén. A él sin duda le corre más sangre que a mí por las venas. Desde que Teresa me dejó, a mí la sangre, más que correr, me camina. Al comprarlo, el anticuario me preguntó: ¿Espejo de mujer o de hombre? De hombre, casi siempre de hombre, le respondí tensando la mandíbula.

¿Y para cuántos?

Creo que se está encariñando, y como me sobrevivirá he estado informándome sobre seguros de vida y asilos para espejos. Espero que no me suceda otro, ya hemos sido suficientes. Quiero, al morir, mudarme a su vastedad y cerrar la puerta tras de mí. Él está de acuerdo.

Cada cierto tiempo se pone tétrico y huele a charco podrido. Entonces lo empaco en el auto y lo llevo a la playa para que frente al mar las imágenes se diluyan y se le amanse un poco la memoria.

Hay días en que no sé qué hacer con él, es impredecible. Si espero ver mi réplica, resulta que no le basta, se cree un artista, un esteta, y me planta un bigote, un lunar, o se acelera y me devuelve ya canoso o, aún peor, le vienen sus ínfulas de prisma y me desmantela cromáticamente. Demoro horas en fijar mis colores y redefinir contornos para salir con decoro a la calle.

Los domingos tiene día libre y no funciona. No me atrevo a mirar dentro, por respeto a su privacidad, claro, pero más que nada por miedo. Para esos casos cuelgo un cucharón en cuyo reflejo me afeito.

Cuando vuelvo a casa, cavernoso de tiempo, escalfado de traje, es cuando más me reconforta sumergirme en él. El celofán de su piel es límpido, crujiente de ahora, una segunda oportunidad. Él se suma a mí, me completa.

Querría saber qué hace cuando no lo veo, dónde desemboca. Sospecho que en mis sueños.

A veces pienso que, más que reflejarme, se vacía en mí, se hunde en mi carne, para sentir, me suplanta. Entonces me da terror, ganas de acuchillarlo, de hacerlo sufrir de a poquito, pero no lo hago. La mitad de mí ya es suya, la mitad de él ya es mía. Quiero envejecer con él, conmigo, con todas las posibilidades que sugiere o me impone. Él evoluciona y me reinventa. Yo soy

el que envejece, él quien trasciende y me arrastra.

REBAJAS

Fui a comprarme un abrazo en las rebajas, pero no tenían mi talla. Solo había uno rosado y tupido que me quedaba ancho. La vendedora trató de persuadirme para que lo comprara, argumentando que era calentito y muy práctico, porque me permitía llevar mucho sentimiento puesto. Además, por la compra de uno me regalaban un apretón de manos u otras partes del cuerpo. Sonaba tentador, pero debía pensarlo. Entre tanto fui a otro mostrador a oler las sensaciones de la temporada otoño-invierno que este año son de tendencia claramente bucólica derrotista, con un deje de minimalismo bélico. Ojalá me alcance el dinero para alguna mala intención, un par de sospechas y al menos una corazonada.

CUATRO HORAS AL CUBO

Todo comenzó con un estornudo. Yo por cortesía le dije Jesús, ella me respondió que no me tomara la molestia, que era atea. Nos embalamos de inmediato en un diálogo sobre religión, pasando por obispos muy fecundos, viajes a la India y muchos otros temas que podrían llenar cuatro horas de tren y varios vagones.

Esta vez decidí fingirme un profesor de filosofía y letras. Separado, bien optimista. Amante de los niños, claro. Mis padres vivirían lejos, en Tierra del Fuego al menos, y yo, aunque soñador, sería un tipo muy asertivo.

Cuatro horas de tren no son solo cuatro horas. Es una vida pequeña, cuatro horas al cubo. El marco perfecto para mostrarse encantador, recreándose una personalidad de salón y un currículum como siempre se ha querido tener, y representar el rol del rufián, el seductor, el artista o, en caso de tener mala compañía, el sordomudo de nacimiento. Aquí, con la certeza de no volver a ver a tu interlocutor, sin riesgo de un futuro común (qué falacia eso del futuro común, ¿se referirán a la muerte?), puedes rápidamente saltarte los recovecos habituales llegando al meollo y, con suerte, si hay química de vagón, alcanzar cercanías insospechadas. No hay como una buena conversación en tren. Te responden. Yo la practico dos veces por mes desde que me peleé con mi psicoanalista. Es mucho más barato y más ameno. Eso sí, tengo un precepto igual que el psicoanalista: pase lo que pase, nunca intercambiar ni pelos ni señales, o sea, nada de teléfonos ni intentar rejuntese nunca. Sin la vertiginosidad sobre rieles, la compresión del tiempo, la libertad de ser lo que no se es y el sedante mantra: Talán chucu chu, talán chucu chu, no volvería a ser lo mismo.

La comunicación en un avión es otra historia. El tiempo pasa volando y la gente es recelosa de su espacio, egoísta, quizá porque en la inseguridad del aire se activan mecanismos de supervivencia. En cambio, en el tren se respiran mejores intenciones, ganas de conversar e incluso de estar de acuerdo. El tren te hace parecer más persona.

He sido mucho, desde astrónomo a sepulturero. Si me toca una mujer bonita, para olerla mejor me hago el ciego. De seguro soy profesor de matemáticas si suben niños. Con las ancianas acostumbro a ser un hipocondríaco y cuando estoy cansado, falto de ideas, trabajar para una ONG

es una buena opción. Ya no cometo el error de representar un papel demasiado bien, una personalidad coherente despierta sospechas.

Hay veces que repito, pero le agrego un gato, algún cáncer terminal, un hermano perdedor y una ilusión o un vicio, y soy ya tan dúctil, que al cambiar de interlocutor paso en un segundo de militante vegetariano a histérico experto en tauromaquia, o de viudo reciente a casado igual de reciente, por dar algún ejemplo. Se lo debo a mi psicólogo, si soy algo y también lo contrario, nunca seré un neurótico, o algo por el estilo me dijo.

Intento no caer en tópicos y doy a mis personajes toda la libertad y todos los sentimientos que deseen tomarse, aunque me dejen seco. Luego vuelvo a casa y duermo, duermo hasta que me asimilo.

Tal vez porque teníamos las cortinas cerradas, nadie intentaba entrar a nuestro compartimento y la chavala del estornudo ateo la verdad es que llevaba horas haciendo méritos. Me había convidado de su pan con queso y me inspiraba frases bastante inteligentes, un pasado lleno de becas, amores y amigos. Ella era alegre, fresca, disparatada como un potrillo. Yo estaba de lo más conversador y hasta espontáneo se podría decir. De repente ella me plantó un beso (ahora entiendo la expresión).

El profesor de filosofía y letras que llevaba puesto se quedó dislocado, le dio julepe y salió corriendo dejándome en cueros. Nos quedamos mudos, ya sin frases de *marketing*. Locuaces se nos pusieron las manos y el cuerpo.

Casi me dan ganas de interrumpir la terapia, no mudar más de piel cada vez que bajo del tren. Especialmente ahora que me cubre tan felizmente los huesos. Ya no se siente de aluminio. Pero llevo tres años en esto. He sido tantos tipos regios, personalidades de fantasías y pasiones y sé que aún estoy a mitad de camino de lograrlo... Me espeluzna la sola idea de bajarme en la estación de siempre, de nuevo tan yo y sin su teléfono. Intento convencerme: mejor seguir siendo muchos tristes que uno solo contento.

MI PRIMERA MUERTE

Ha vuelto a visitarme. También aquí. Persiste su lumbre, su misterio. No me canso de indagar su reino. Es el cinco. Me ha elegido.

La primera vez que lo vi fue en el San Juan Bautista. El lunes nos habían enseñado que una mano, mi mano con los dedos extendidos era mis cinco. Sor María se aventuró a decir que la mano, o sea el cinco, se podía dibujar como las florcitas y los gatos. Era fácil, dijo. Había que comenzar por la cabeza, medio cuadrado y luego continuar con medio círculo, que era el cuerpo. Similar al gato pero más enigmático, más prometedor.

Cogí el lápiz y al deslizarlo sobre el papel cosquilleaba esa ínfima vibración, el gemir del grafito, la vida. Todo era nuevo, propicio. Me volqué en el trazo, feliz sin saberlo. (Muchas felicidades ocurren de forma retroactiva, las más feroces se mantienen ardiendo desde el pasado como brasas a las que acudiremos durante la vida a calentarnos). El cinco sin embargo se resistía. Su cabeza asomaba pequeña en el borde de la página, como un actor que no osa entrar al escenario, pero, cuando yo pretendía delinear su cuerpo, el lápiz cobraba vida propia, la curva tomaba vuelo, un afán inaudito, y se disparaba trazando una desmesurada barriga que llenaba toda la página.

Estuve afanada dibujando mi cinco embarazado página tras página. Descansaba, miraba a los lados y entonces constataba ya alojados en los cuadernos de Charito y Paulina unos cincos bien domesticados, entregados por completo a la voluntad de una niña. No me sorprendía que mi cinco fuera distinto, si en mi casa todos los animales eran extraños. El loro solía jugar tardes enteras de espaldas y con una pelota en las patitas, el perro sabía reír y la gata decía cualquier cosa menos miau. Y ni hablar de mis padres y mis hermanos. Pero uno no elige su cinco, y al resto tampoco.

Se preguntarán, ¿y qué pasó con el tres, el seis o el cuatro, por ejemplo? Pues no pasó nada. No todo alcanza la fuerza de una mano abierta, la dimensión de cinco dedos ateridos. Y el asunto del tres como representación de la santísima trinidad y todas esas teorías no terminaban de convencerme. Tampoco sus formas. El resto fue simple aprendizaje. Lo cierto es que el cinco me sucedía mucho y aligeraba mi solitaria infancia. Era como un caballito de mar que iba y venía.

Después llegó el primer beso, el primer kiwi, el primer enemigo y una avalancha tal de primeras cosas que amenazaban con descoyuntarme. Pero gradualmente las primeras veces fueron menguando y al asombro le siguió todo lo contrario, la adolescencia. Sentirse solo ojos, pechos que crecen (o que no) y preguntas que se encarnan. Cinco volvió a acudir en mi ayuda y con refuerzos. Me pasaba las tardes desganada mirando el techo de mi cuarto, asumiendo muy mal mi piel y la del resto. Demostrativamente abrí mis puños en señal de capitulación y ocurrió que cinco más cinco, equitativamente repartidos en los dedos de mis manos (y que jamás serían diez), se miraron y de común acuerdo comenzaron a palpar mi cuerpo incitándome al rito de celebrarlo.

Mi primer trabajo. Allí conocí a José, un joven cuando menos tan tímido como yo. Supusimos que $- \times -$ harían $+$ y nos casamos. Sin embargo, ese laberinto personal en el que habitaba mi minotauro, muy a mi pesar, quedó blindado para mi esposo. A él nunca le gustaron los números, su afición eran las letras. Durante el sexo con José me sorprendía imaginando el cinco. Sentía en mi boca su saliva, su sabor a cuarzo. Añoraba su talante ceremonioso, su sentido del humor y su sutileza. El cinco indagaba mi cuerpo y yo recibía su justicia, me dejaba subyugar por su amplitud. Esperaba a que José hubiese tenido lo suyo, deduzco que pensando en la letra A que gimoteaba con devoción. Después me daba la vuelta, con el cinco lamiendo mis segundos y mis huesos. Evocaba su silueta, mitad masculino, taciturno, insondable, y mitad femenino, abundante y tenaz. Soy una mujer cifrada, pensaba, y me dormía.

Acaecieron muchas otras cosas, tantas ciudades y rostros. Mucho adjetivo, tres o cuatro verbos de cuidado, incontables síes y noes, y probablemente más peros de los necesarios.

Y vino mi primera muerte. Todavía estoy en ello.

TAMPOCO POEMA

Primero me despierto. El espejo me termina de lamer. Luego, en la bañera, le doy de comer al gato de espuma, frágil de atrás para adelante y de adelante para atrás.

El día fluye que da gusto.

Me pongo mi corazón de cuero negro, el corazón del día sábado. Finalmente abro la puerta. Tus ojos azules de mezclilla me rotulan. Sonrisa *frapée*. Hago como que te conozco. Muslos, maromas. Me aprietas las orillas. Jugo de limón fresco.

Y ya está.

Esto no es un cuento ni el olor de un gato.

ETERNIDAD 77 × 53

Llevo años en París, encerrada entre mis cuatro esquinas. Apenas soporto estar todo el tiempo de brazos cruzados mientras los planetas giran y giran en torno a la Tierra. Me considero una mujer normal, la típica italiana de Florencia, una belleza discreta. Soy tan famosa como Mickey Mouse. Ojala viniera un día a visitarme.

El gentío se arremolina para verme. Entre ellos hay tontos y cultos. Muchísimo esnob. Hombres y mujeres de todas las edades, excepto de la mía, me admiran, me escrutan, me señalan con el dedo. Algunos dicen incluso que no podían morirse sin haberme visto antes, que estoy mejor aún que en las fotos. Peregrinan de muchos países, sobre todo del Japón y hablan de mí en voz alta. No hay adjetivo zalamero que no haya recibido.

Me informo del mundo oyéndolos. A través de sus vestimentas deduzco si es verano o invierno, porque aquí las estaciones no existen, solo sombra, veintiún grados y cuarenta y cinco por ciento de humedad.

Mis guardias no permiten que nadie se acerque más de la cuenta. Prohibido está el sacarme fotos y ni hablar de tocarme. Tantas miradas acumuladas, tan pocas caricias. ¿Por qué no me dejan tranquila? Hasta yo tengo derecho a jubilarme.

Los clientes tratan de interpretar mi sonrisa: «un sortilegio», «la sonrisa más melancólica y misteriosa de la historia del hombre», comentan los muy cursis. Un científico de la universidad de Ámsterdam aseguró que mi sonrisa estaba compuesta por las siguientes emociones: 83% felicidad, 9% disgusto, 6% miedo y 2% de picardía. 100% de asco me dio el tipo. La verdad es que simplemente evito mostrar la dentadura, un puñado de caries, y es que fui muy asidua al tiramisú y los bizcochos. Eso sí, tengo un abrazo que me crece por dentro. Ya se desborda por los ojos y ese es el secreto de mi mirada envolvente.

Mi nombre es Lisa, Mona Lisa. 77 × 53 centímetros, claroscuro y quinientos años que no se me notan. Gioconda soy para Leonardo, el hombre que me pinceló y no pudo separarse de mí, pero, como no era cuadro, un buen día estiró la pata, dejándome en manos de estos bellacos. ¿Por qué no me pintó con Jesús y los doce apóstoles, platicando y tomando un buen tinto?, o al menos con la virgen de las rocas. Seguro que estando juntas los siglos se

harían más llevaderos. Pero no, yo soy la enigmática Mona solita como la una.

Vencida por el cansancio, he aprendido a dormir con los ojos abiertos. Sueño que tengo vísceras, que me mudo a una circunferencia y como ñoquis con tomate y parmesano.

Una mañana contemporánea llegó un hombre muy magro y casi tan *sfumato* como yo a mi habitación y se quedó horas pasmado observándome, pero no como los otros, no contemplando el «patrimonio de la humanidad» y todo eso, sino como se mira a una buena mujer. Su mirada era esponjosa. Yo me aferraba con uñas y dientes al lienzo para no desvanecerme. Tampoco quería sonrojarme. Harto le había costado a Leonardo plasmar mi rostro diáfano. Le hice ojitos, lo confieso, no quería aburrirme más. Una pasión me circundaba, quizá la posibilidad del amor.

Comenzó a venir todas las tardes. Se arrojaba a mis ojos. Esperaba que estuviésemos a solas para hablarme. Me contaba cosas excitantes, historias inverosímiles de afuera. Hablaba de ascensores y hamburguesas, y algo que me cautivó: esa lluvia privada que llaman ducha. Él quería pasearme en su moto, enseñarme a nadar de espaldas, iniciarme a ser una Gioconda moderna y clandestina.

No quise irme con él, no lograba imaginarme pasando una aspira..., como se llame. Y lo de tener hijos y el parto me pareció *troppo* sanguinolento. Tal vez mi eternidad no era tan mala.

Él no soportaba que otros me observaran, que tuviese tantos admiradores, me quería solo para él.

Una tarde sin mediar palabra se abalanzó sobre mí con un cuchillo. Yo, muy digna, no derramé ni una gota de óleo. Un crimen pasional grotesco. ¡Con quién lo iba a engañar al muy necio, si en mi lienzo apenas quepo yo!

Los restauradores estuvieron varios años zurciéndome y aquí estoy de nuevo, cruzadita de brazos, esperando. Ahora tengo un panel blindado y una habitación de doscientos metros para mí sola ¡Qué tedio! Vengan. Me cuesta enamorarme, pero soy paciente y tiempo parece que me va a sobrar.

LA BAÑERA

¿De dónde surge la ternura? ¿Y dónde se encuentra ahora? ¿Existe una ternura solitaria?

Sí, en el arte, sin duda en la sonata que acababa de escuchar por la radio. De pronto sonó el teléfono, sin ternura alguna.

Era Miguel, mi colega de cardiología en la clínica. Que si quería ir a jugar con él al tenis. No, para nada.

Un día sin clínica ni sus secuaces me hará bien. Allí la vida se me va por el lado, hurgando en pliegues ajenos. Además hace un frío atroz. No está para salir, me digo. Preparo un whisky doble y me zambullo en un baño de espuma. Millones de pequeños lentes fotográficos enfocan hacia mí. Seré transmitido en vivo y en directo a otros planetas acuosos, a otros solitarios baño-parlantes. A posar. Por si acaso, sonrío. Declamo luego mi discurso a la pomposa multitud: un silencio jabonoso me contesta. Ojitos diminutos y brillantes me contemplan, me aclaman. ¡Plup, plup, bravo!

Observo esta mascota flaca que se llama cuerpo. La ignoro hace semanas. Por lo menos ya no ladra.

¿Hace cuánto que no te veo, Pedro? Recuerdo aquella noche tequilosa en que fuimos presentados: que este soy yo y ese eres tú, ni más ni menos. Miradas y argumentos. Más prestancia tuvimos que el resto de nuestra compañía, deseándoles buenas nochechitas, quisimos profundizar en nuestro tierno vínculo. Una discoteca fue la perfecta excusa para el primer olfateo. Nos abalanzamos hacia la pista. Yo intentaba moverme sin hacer el ridículo. Tú, meneando el pubis, sutil pero certero. Qué bien bailas, un, dos, tres, y pa'trás. Entro en tu órbita, me encumbras. Tiempo hace desde entonces.

En la bañera experimento una ancianidad prematura. «Estoy arrugado cual calzoncillo de pianista», diría Pedro. Mis extremidades van perdiendo solidez. ¿Pretende mi piel disolverse en el agua? Herido de tiempo y salao, soy bacalao en remojo.

Saco el tapón. Muéranse pompitas, saben demasiado, pompas fúnebres, chau.

Fijo la vista en una botella verde sobre el lavabo. El verde me calma. Confiere a cualquier objeto, no importa su densidad, una diáfana inocencia, quita años, quita peso y patetismo. Los ojos de mi madre eran verdes, verde

Felipe mi loro, naranjo y verde el banquillo que mi padre construyó para mí. ¿El peine de mi abuelo?, verde. *El rayo verde*, gran película. De pronto la idea de la muerte, y por consiguiente la carencia de verde, me puso triste.

Cuando vuelvo de mis divagaciones a la bañera ya no puedo ver mis piernas. Están embutidas dentro de la cañería. ¿Por qué no? Igual no tenía un mejor panorama para hoy, y siendo sincero, para el futuro tampoco. Estoy siendo succionado por una boca metálica. Pienso en los labios de Pedro. Ahora me tragarán completo, sin peros. Me entrego a ti, bañera, como nunca lo hice con damisela alguna, y es que ninguna empezó por el talón. Me excito frente a la incertidumbre de esta garganta de lata subterránea. No hay terquedad en torno a mí. Las paredes se dilatan, mis pensamientos se dilatan.

Y pensar que mi vida se bamboleó día tras día entre un sí y un no, de vez en cuando un más o menos. ¡Qué poca variedad en las decisiones humanas!

El segundo encuentro con Pedro fue un domingo. Me propuso que lo acompañara al campo, a la casa de su abuela.

–Necesito una escapadita de la ciudad, desconectar. ¿Vienes conmigo?

–Tengo un montón de trabajo en la clínica, y está doña Sara, la paciente más viejita, a la que le he tomado cariño. Por el momento la tengo estable con el suero. Voy contigo al campo, pero tendré todo el tiempo el teléfono encendido. Debo estar ubicable en caso de que se me eche a perder la viejita. Ella es un tanto estafalaria, pero encantadora. Cuando joven fue actriz, y de las buenas. Siempre tiene anécdotas a mano para contar. Lástima que ya no tenga a quién contárselas. Como está un poco senil, cree que soy su hijo y a mí eso me gusta, la verdad, quizá porque mi madre murió cuando yo nací.

Ya estamos en marcha, él decidió conducir puesto que sabe el camino, se ve muy sexy así, concentrado en la carretera, semignorándose.

El paisaje: sincero, en absoluto idílico. Los perros de cada casa nos salen al encuentro, amenazantes por puro cumplir y se les nota. Deberían tomar un curso rápido de actuación con mi viejita, le comento a Pedro.

Justo mientras leo un letrero que dice «La Estancilla» doblamos a la derecha y entramos a un callejón sin asfaltar. A ambos lados, terrenos ocultos por zarzamoras, y al fondo una casona con almendros hasta perder la vista. Esta vez nos recibieron perros corteses, meneando colas, esparciendo pulgas.

–Esta es la perra risona –me explica–, ¿ves cómo se ríe? No me preguntes de qué. Hasta ahora no nos ha querido contar el chiste. Este otro, con el estampado en blanco y negro, es el perro-vaca, y el blanco chico es

copito. Aquí todos se llaman más o menos como se ven, con tantos que son, es más fácil recordarlos así. El resto de los perros debe estar por ahí.

¿Cómo me llamaría yo si mi nombre fuera lo que parezco? ¿Ni fu ni fa? ¿El llanero solitario?

La abuela se asoma por la ventana a saludarnos.

Por la tarde salimos a recorrer la finca. Sorprendido de mí mismo por tanta subordinación, seguía yo a Pedro. De pronto llegó un olor arrugado. Venía de la higuera. Pedro señaló hacia el suelo. Una tinaja de baño antigua, llena de hojas secas. La abuela la había traído de la capital hacía ya mucho tiempo.

—Aquí duermo yo la siesta por las tardes —dijo él todo coqueto—. Dicen que la sombra de la higuera es la más fría que hay, además así me libro de los coletazos de estos perros.

Pues de mí no se libraría en esa bañera. Lo besé sin pensarlo dos veces y probé mi suerte de perro alegre, con resultados satisfactorios.

A horcajadas me deslizo, reboto en una oscuridad porosa, voy penetrando el laberinto de una ciudad en celo. Sé que, como todo cuerpo extraño, seré expulsado tarde o temprano. Es solo cuestión de tiempo. Mediante movimientos espasmódicos me interno más y más en el organismo de la madre-urbe. Me adormezco a ratos en reminiscencias intrauterinas. Me siento tan hijo. Tiene algo de mortuorio esto. Mortuorio y eclesiástico. Resuenan en mi mente los motetes que aprendí en el colegio de curas.

Un sonido estridente, impúdico, desencajó el ambiente. Era mi teléfono. En la clínica me necesitaban urgente. Partí de inmediato, interrumpiendo así nuestra excursión anatómica. En el coche iba pensando: me siento lleno de higos frescos por dentro. ¿Estaré enamorado? ¡Arriba las manos! Tiene derecho a guardar el silencio. Todo lo que sienta puede ser usado en su contra.

Pedro me llamó para decirme que mejor no nos viéramos más. Tenía novia, sus padres no entenderían nada, bla, bla, bla. La frase detonó en mis oídos, y le siguió un llanto por canales cerrados.

Qué más da la abundancia o la carencia de tu cuerpo anguloso. ¡Me tengo a mí!

Me compraré lápices de colores para expresarme.

¿Cuánto dolor puede contener un nombre? El tuyo se desborda, y sin contar con tu apellido.

Pero ¿y qué fue de las miradas? Las miradas a tu ojo izquierdo. Siempre,

siempre el izquierdo.

¿Y si esta tripa golosa que me engulló me condujera a ti?

¿Si apareciese repentinamente en la tinaja de tu abuela? Esta vez apagaría el teléfono, lo prometo. Salpicaría mi recién estrenado y ya maltrecho amor en tu cuerpo ilustre.

Espera que te agarre, meduso chúcaro. Desempolvaré tu ombligo y el resto. ¡Te dispararé a quemarropa una ráfaga tupida de semen y que te quede bien clarito quién soy yo!

Y que me quede claro a mí...

¿Que quién soy yo?

Conciencia pisándose la cola, esa rendija polvorienta que siempre pide explicaciones.

Suena de nuevo el teléfono. Llaman del trabajo. Mi viejita se había echado a perder y mucho, y deseaba verme.

Cogí un taxi a la clínica. Las calles estaban todas cubiertas por sorbete de piña, la primera nevada de aquel invierno.

EPOPEYA

Cuando Epopeya nuestra gallina estiró la pata, la tuvo que reemplazar mi hermano Raúl. El trabajo dignifica, cacareaba pujando su primer huevo. No le salió tan mal, solo que en blanco y negro, por lo que decidimos incorporar a su dieta algunas corontas de maíz y gusanitos.

Ahora tiene más rutina en el asunto. Eso sí, mientras empolla se le suben los humos a la cabeza. Todo huevo lleva su sol dentro, nos dice muy solemne y nos obliga a girar en su órbita. Por mi parte, me estoy reorganizando. Nuestra vaca Primavera ya está muy vieja.

ROJO, VERDE, AMARILLO

Lucía se fue hace dos años. Desde entonces era yo un lamentable estribillo de mí mismo. Solo. Con mis pinceles y lienzos muertos.

Llueve, las formas desvarían. Apenas larvas incoloras. Soy frente a la tela un pellejo vacío. Repetitivo y obtuso, sombrío y erecto. Deslavado de todo sentimiento.

Me hace falta la luz, al menos un pequeño prisma de ternura. Si la montaña no viene a ti, ve tú a ella. Iré al museo. Allí hay un montón de colores esperándome.

Hola Kandinsky, aquí me tienes. A tus óleos encomiendo mi espíritu.

El color pesa, como los huesos, como los días, y cada cual pesa distinto. Apenas puedo sostener tantos matices en mi retina. Escamas de luz, un griterío feroz de pigmentos. Recién he hurgado un color y ya se me acerca el próximo. Ráfagas, destiempos.

El carmín, martillo soberbio, me da de lleno. Casi me deja sordo con su repiqueteo. Su ansiedad me despelleja. Intento desanimarlo. El gris contigo interviene coagulando todo sentimentalismo. Un color no precisa futuro. Viajo así, del rojo al verde, y del verde al amarillo. Puntos, rayas, agujas, silbidos. Los colores montan los objetos, con vocación y constancia los domestican.

Un azul pasa lento como un camello. Me corroen sus babas metafísicas. Vibra el ocre, sus virutas se incrustan pellizcándome las tripas, espesa y late como un feto. Estoy siendo en todos los tamaños. Formas que exploran, posibilidades, reflejos.

Y el azul cobalto continúa allí. Sí, el azul siempre continúa y no es que me guste el azul, que sería como decir que me gustan los pulmones. Al azul lo entiendo.

El naranja mana tibio, a raudales, como lava dulce. Sacude en mí sus risas, sus heridas mansas.

Un demagógico rosa se apoderó del cubo grande que empieza a desgarrarse en círculo, es un cubo enamorado... Mejor sigo con otra pintura.

Paul Klee, este sí: polifonías. Cavidades pequeñas y húmedas, figuras que dialogan. Mucho amarillo tendido encima del azul, acariciándose, balbuceando un verde novato y fresco. Verde, el mejor argumento.

Chasquidos alcalinos sobrevuelan el lienzo, pinceladas como aleteos. Es

el blanco. Algo canta. Soplidos en los tobillos. Sin lugar a dudas este Klee es recíproco.

El violeta sarcástico se lanza, picoteando mi huerto, mis verduras cerebrales. Grazna, invoca al negro. ¡Bingo! Médula vertiginosa. Voltereta de colores al unísono.

El negro muda de voz, se arruga, engarza a un marrón incauto y se sosiega. Bostezo y contagio mi bostezo al azul prusiano que licúa su pulpa. De su mucosa surgen anillos celestes. Ocurren hélices, epidemias, perspectivas hambrientas.

Un triángulo ateo bracea desde la esquina. Trata de interceptarme. Amenaza con sus filos. Yo le muestro los dientes y con mis ojos lo lamo y lo engatuso. Miro el cuadro de lejos. El cuadro me paladea. Ahora...

–Hola, disculpa que te interrumpa. Desde hace un momento te veo tan absorto en este cuadro que sentí que me estoy perdiendo algo. Soy Victoria. ¿Tú qué ves? Cuéntame.

–Sí, por supuesto. Soy Carlos.

–Te invito a un café.

–Bueno.

Chao azul, rojo y amarillo y toda vuestra prole. Vayan pronto a visitarme a casa. Los espero pincel en mano.

Puede verse a todos los colores acurrucados. Desde la comisura superior del lienzo, estiran curiosos sus pescuezos, procurando escrutar mejor al hombre y la mujer que ya doblan el pasillo. Cuchichean.

ME ENAMORÉ DE UN PEZ

Me enamoré de un pez y me lo llevé a un hotel de cinco estrellas. En el transcurso de la noche, cuando por fin logramos consumir nuestro amor (era muy escurridizo), descubrí que no era virgen. Decidí pasarlo por alto a sabiendas de lo mal mirado que estaba eso en el pueblo. Mucho más me costó ignorar sus ojos, blancos aun horas después del orgasmo. Esto al principio aduló mis artes amatorias, pero luego con su rigidez, su parquedad, su sangre fría y el no querer intercambiar después de tanta intimidad algunas frases tiernas, o al menos un cigarrillo, caí en la cuenta de que lo nuestro quedaría en una historia de sábanas y escamas.

OMBLIGO O(M)BLIGA

Siempre que me lavo el ombligo me da vértigo. Es como enjabonarse el origen. Me invade un mareo, una polifonía de tiempos.

Eso de mirarse mucho el ombligo dicen que no es bueno, pero que conste que él empezó primero. Él también me mira. Si es mutuo no puede ser malo. Además, no me creo el ombligo del mundo, Ombligo es un buen mundo y yo soy su satélite blando.

He pensado en abolir todo lo que no sea estrictamente ombligo. No me fío nada del resto.

Desde pequeño preciso sentirlo y continuamente lo escucho. Es pentatónico y hermético. Se parece a mí, solo que es más quijotesco. Si escarbo un poquito encuentro viejas corcheas, hollín, minutos que creía perdidos, lágrimas fosilizadas e incluso alguna sardina he visto.

Su parpadeo me despierta. A dúo con el gato ronronea buena parte de la mañana.

En efecto, mi madre me empezó por el ombligo. Por allí me embutió la vida. También por el ombligo me iré, silbando, igual que un globo cuando lo dejan libre y se desinfla.

Una vez, hace ya tiempo, cometí el error de no consultarle su opinión. Me traje a casa una tipa que conocí en la disco. Al amanecer pillé a Ombligo furioso, insultándola, escupiéndola. Le mostraba las fauces, supongo que por su *piercing*. En todo caso fue una escena muy violenta y los dos quedamos dolidos.

Se marchó, no sabía yo adónde. Me arrepentí de haberle pagado los cursos de idiomas, ahora era políglota y podía estar sobre cualquier vientre del planeta. Me sentí desperdigado. Mi panza se volvió una planicie monótona y lerda. Extrañaba en mí un crujir parejo, su tic-tac lastimero. Comencé a guardarme todo y engordé por dentro. Cuánto me faltaba mi gárgola leve, mi bisagra. Busqué sucedáneos de Ombligo: un botón de chaleco, rodajas de plátano seco, el tapón de la bañera, ombligos de peluche... Menos mal que regresó en el 2007, el año del gran eclipse de ombligos. Hicimos terapia y prometió que nunca más se iría.

Lo ilusiona el mar. Apenas tiendo mi toalla, se dedica a hacer guiños como un loco a los cuatro vientos. Parece que se ponen de acuerdo, ¿en

Morse? Afinan. Qué gran suceso: escuchad a los ombligos frescos vocalizando a lo largo de la playa. Un coro de voces blancas, pardas, rojas, nacaradas, en fin, toda la gama, cantan en filigrana delicados madrigales costeros. El aire se colma de gracia.

Y ya salidos del trance musical, van a despabilarse al agua salada, hacen gárgaras, segregan círculos, estiran sus trompitas rosas y algunos se besan. Más tarde, bajo la ducha tengo que lidiar con él, que porfiado se aferra a pequeños moluscos, algas o arenitas que cree sus amigos.

La gente sale a correr con su perro por el parque y yo feliz saco a Ombligo. Ahora comprendo que fui el cebo: hoy por primera vez no me dejó parar de correr ni un segundo. Me llevaba como una marioneta. Pensé que me daría un ataque al corazón por el esfuerzo pero prefería cualquier cosa con tal de no perder de vista a Ombligo. El muy indolente me hizo cruzar la calle con el semáforo en rojo y apenas llegar al parque frenó en seco. Por suerte caí en blandito. Como un resorte saltó Ombligo. Su espiral engarzó con un ombligo ajeno justo debajo de mí. No hubo ya argumentos. Ruborizados, la muchacha que yacía en el césped y yo, no pudimos con nuestros ombligos febriles que se revolcaban, cascabeleando en acercanza plena. Se balbuceaban amor eterno, olvidados de sí mismos y de nosotros ni hablar. Qué le vamos a hacer, pensé. Ya me acostumbraré a esta muchacha, que por cierto no está nada fea.

TAL CUAL

La noche suele ser la mitad del día, mitad que yo acostumbraba a ejercer desnudo, con algo de suerte, encaramado encima de alguna señorita y si no, sumergido en la topografía de mis sueños. Pero resulta que me quedé cesante, hasta de dormir. Esa mitad de mi vida, su certeza se volvió sentencia desde que padecía insomnio. ¿Cuántos amaneceres llevaba ya encallados en el cuerpo? Noches rapaces, royéndome los huesos, incluso de día.

Corre luna por mis venas. Luna y estrellas que me pinchan por dentro. La noche limita al norte con el embotamiento, al sur con párpados cerrados sobre pupilas despiertas, al este con un mosquito y al oeste con otro. No me quitan sus ojos de encima. El zumbido, aunque soy bien macho, me espeluzna. Una hora más tarde son mosquitos muertos y de la peor manera. Suerte que no exista una sociedad protectora de insectos.

Y sigo así, forcejeando con la noche. Para relajarme invento diálogos a mis habituales compañías, Laura y Tulio, caras formadas por la humedad en la pared. No los subestimo, yo mismo soy solo algo más que la humedad que dejó mi padre dentro de mi madre antes de hacerse el leso.

Un grillo borda el silencio.

Cuento viles ovejas, rebaños completos que sí logran conciliar el sueño. Se escuchan gatos contrapunteando sobre las tejas. Intento conjugarme con verbos que impliquen vida, pero la curva del alba me degüella. Recuerdo a Sara y el dolor se expande, murciélagos por dentro.

Miro el reloj que no me da la hora, ciertamente me la extirpa. Voy a buscar una cerveza. El refrigerador es un mundillo. Tomates, acelgas, hasta los huevos duermen. Siento envidia por ellos. Mañana me los como.

Sospechaba que las horas no eran idénticas. Ni los días, ni los años. Desde que cayó en mis manos un artículo sobre física cuántica, el tiempo me parecía al menos ambiguo, quizá proporcional a los sentimientos que les insufláramos. Los enamorados eran sin duda los maestros en saber distribuir los minutos en las horas, pero yo no estaba enamorado, ni siquiera de mí.

Finalmente logro dormir: un chasquido seco y mucho desmenuce de vidrios. La lluvia jadeaba, unas alas inmensas. Con el corazón en el cuello intenté encender la Biblia, leer una vela. No era posible abstraerse de aquel zumbido cruelmente proporcional al tamaño de su origen. Dos mosquitos de

metro y medio, patipeludos y hambrientos, me observaban ahora desde los pies de mi cama.

Todo transpirado vuelvo a cerrar los ojos. Me ahogo en el plasma de la noche, en sus vericuetos enfermos.

La luz despierta y yo aún prematuro para el uso en la oficina y su rutina de glándula. Intentaré esconder el día debajo de mis sábanas.

Los colmillos del reloj marcan las siete y veinte cuando la cama relaja su mandíbula y me entrega.

Soy el hombre más desnudo del planeta. Ahora, en el metro, vestido y con corbata, mi desnudez continúa.

BURÓCRATA

FUI AL MAR a bañarme en la ola número

473426587097628518553098763542167439786845399728654902381976394

Estaba fresquita.

SUEÑO O PÁGINA

Nada tan vertiginoso como una palabra tirándose al vacío por el tobogán de una lengua elocuente. Sale de los labios irreversible. Y, tan urgente como ha nacido, cae luego entumecida a los pies del parlante, ya hablada, muerta.

Pero ¡a palabra muerta, palabra puesta!

La verdad de mi historia es algo lejano aún a estas palabras. Sin embargo, no derrocharé tiempo buscando otras mejores, no las encontraría. Vamos al relato.

Embotada de ti, comenzó la mañana. Desde mi cama podía vislumbrar el día gris que Dios nos había asignado. ¿O ni siquiera se preocupó al respecto?

¡Gris! Una maciza placa de metal se me venía encima. ¡Saludos, sol! Nos vemos otro día.

No, no abriré los ojos para contener el mundo, igual no me cabría dentro. Me revuelco entre las sábanas sin ambición alguna. Todo es ahora el rectángulo hueco que habito.

Con los ojos todavía cerrados evoco otra vez nuestro pasado horizontal, humus de un Dios despiadadamente ecológico. Probablemente el mismo que se encarga del clima.

Dormir, sí, dormir. Tengo la certidumbre de que no es en vano.

¡Basta!

Tomo impulso y salto de la cama, antes de que me engulla para siempre. Me espera un día al escabeche, ¿y qué?

Tal vez leyendo el diario consiga ahuyentar, al menos por un rato, tanto diálogo obtuso conmigo misma. Las noticias están más ridículas que nunca. Dejo el periódico de lado y pienso: me gustaría morir a vapor, para llevarle la contraria a todo esto. No sucumbir al cáncer ni bajo las manos traviesas de un maníaco sexual, por ejemplo.

¡Basta ya!

¡Y el teléfono ahí, tan bobalicón! Absorto en su existir de plástico. ¡Me colmas la paciencia, animal inútil!

Duele algo en mi cuerpo que no existe, mi vacío con vista al mar. ¿Quieres conocerlo? Entra despacito, para no despertar sospechas.

–Tu olvido me hace dudar de mi existencia.

–Bueno, bueno, no te pongas cursi, no es para tanto.

Miro por la ventana, la placa gris gruñe, se agrieta, taimada chisporrotea. Llueve, saldré a la calle un momento a realzar la fanfarria mundana.

Regreso ya tarde y más engrifada que nunca. Ya no estoy sola. Una salchicha está de visita en mi estómago.

Qué fatiga deshonestas, del día trivial, de la lágrima que se contuvo, mediocre, esperando una tragedia de mayores proporciones. Las horas forman pliegues, hechas acordeón temporal resoplan huecas.

Y allí estaba plantada de nuevo, una soledad que ya podría al menos haber sido impredecible. Apretando el gatillo, disolviéndome.

¡Dios mío y de ustedes! (Sí, el mismo Dios que había fracasado ya tres veces en un solo día). Presento la renuncia irrevocable a mi mal pagada profesión de hueso enchapado en piel. Declaro este día terminado, me pongo mi nave interplanetaria de seda, el pijama y escojo un libro del estante:

Te amo cóncavo y convexo.
De corrido, *a cappella*,
en sín copas.
Te aprendo de memoria
desde el talón a la ceja
y partiendo del sexo
en espiral y hacia dentro.
Te amo con puntos o franjas
a través de sabores y muros.
En azul, en rojo,
hasta acabar existencias
al por mayor y a litros.
Me gusta y continúo.
Te amo porque y sin embargo.
En la sopa y en la cama.
Tus ojos lacustres
tus manos cayendo.
Tus orillas marinas
tu corteza de silencio
y lo que es inaudito:
los domingos también te amo.
Como un sapo te espero
y si me besas me convertiré en rana.

Sigo leyendo. Justo en la página 7 me siento repentinamente observada. ¿Estaré delirando, afiebrada a causa de la lluvia? Los versos se nublan, desenfocan, algo se da la vuelta. La página va poniéndose, al igual que yo, cada vez más pálida. Intento tranquilizarme. ¡Mañana mismo voy al oculista!

Los párrafos se despegan indulgentes, se desparraman y vienen directo hacia mí destrozando mi precario entendimiento. Aprieto bien los párpados, luchando para evitar el inminente desmayo. Se escucha un suave parloteo.

Cuando volví a abrir los ojos, solo una «Y» quedaba anclada en esa blancura inquietante, como dejando la puerta semiabierta a la espera del regreso de su parentela.

Aterrada miré a mi alrededor. Diversas consonantes esparcidas por el suelo zangoloteaban, crujiendo como granos de café recién tostado. Las sílabas, liberadas de sus leyes de tránsito, semáforos punto y coma, brincaban de un lado a otro en una especie de precalentamiento gimnástico.

Creí oír un silbido. Observo estupefacta cómo las consonantes se dirigen a un lado de la sala y las vocales al lado opuesto. Se miran con coquetería. Como en un baile de máscaras, van juntándose al centro y tomadas de las manos, hechas sílabas, inician la danza, formando prefijos, diptongos, absurdidades precisas.

Los adjetivos hacen la corte a los sustantivos. Detrás de las gardenias se refriegan unos contra otros con una pasión que espumea.

Jugosos gorgoreaban los artículos en mis oídos. Con los ojos cerrados los seguía viendo, escuchando, nombrando. Ellos, poseídos por un éxtasis que solo puede ser ficticio, se mezclaban creando idiomas para mí desconocidos.

Como un soleado domingo en la plaza, empolvadas formas, adjetivos pomposísimos paseaban por la habitación buscando nuevos amigos. Uno de ellos, sentado sobre la alfombra, ojeaba las páginas de un librito. Al notar que yo lo observaba me explicó: los libros son nuestros álbumes de familia. Aquí quedaron estampadas algunas de las nomenclaturas genéticas de nuestra estirpe infinita. El autor las retrató en pose, y allí quedaron ellas, acalambradas y eternas, esperando un lector que las zarandee.

Escuché un gran bullicio detrás de mí. Sinónimos y antónimos se abalanzaban unos sobre otros. ¿Era la guerra? No, hacían el amor, a topetones, musitando, aullando, sí, dando a luz nuevas palabritas tiernas, intactas. Estaba yo siendo testigo de un génesis frenético.

Palabras risueñas, imperiales, pirueteaban frases de un descaro virtuoso. Me desvestí para sentirlas más cercanas. Pletóricas letras trepaban ronroneando por mi espalda. Yo agarraba una tras otra, me las echaba a la boca, las saboreaba succionándoles la esencia etimológica y luego escupía el hollejo.

Una bruma de etéreos párrafos flotaba delante de mis ojos. Brillaban cual filigrana de plata. Los apreté contra mi pecho en un abrazo emotivamente fonético, dejándolos ir luego.

Desfilaron ante mí, desde la A a la Z, mostrándose de frente y de perfil. Yo las reconocía, podía recordarlas discretamente integradas en sonidos festivos o lóbregos que me habían acompañado a lo largo y terco de la vida. Sin embargo, nunca antes las había visto así, ¿Es que tuve puesto todo el tiempo un filtro amortiguamundo? ¡Cuánto había visto sin ver!

La T tiene olor a pino; la U es enigmática, mística; la R huele a perro; la Z es intergaláctica; la E, hermafrodita; la J es premonición de alegrías: J de jolgorio, jamón, jalea, jiji, julio, juerga, jirafa...; la A, ¡aaa!, no me aburriría jamás.

Y yo dale que dale canturreándolas. Algunas se me descarrilaban de la boca de tanta osadía, quedaban incrustadas una consonante sobre otra semejando a la lengua polaca. Yo las despegaba, como podía, las volvía a armar y a seguir. Chocolate Castañuela Picoroco Fagot Sortilegio Nilo Tú.

Como peces nadaban desde el fondo de mí, cardumen corriente arriba. Sin embargo, una palabra no pudo salir de mí esa noche, como tampoco en ninguna anterior que yo lograra recordar. La llevo encarnada, apuñalándome. ¿Será porque nunca tuve el valor de pronunciarla?

Una onomatopeya cabalgaba ufana en dirección a mí. Sentándose a mi lado rezongó: la comunicación entre ustedes suele ser dos monólogos entrecruzados. Nos engendran sordas, exclusivamente para el regocijo personal de la boca matriz. Ustedes, las personas, nos tienen tintineando preconcebidas en el oído interno: las quiero persuasivas, melosas, con mucho de mí. Acostumbran a nadar por ello la vida entera en la misma sopita de letras. Después cambió su tono burlón para continuar con un aire didáctico: hay que saber aguardar la estación, cuando la frase cae madura de los labios. Si nace prematura, se triza el momento en astillas. La mejor época para cultivar palabras es el invierno, y el vino es el mejor abono. En cuanto a la cosecha, preferentemente en la tarde o la noche. Si las arrancas forzosamente de la garganta por la mañana, asemejan a un perejil lánguido, deambulan sin sangre en el cuerpo, destempladas, agrias. Un triste espectáculo. Mucha gente, con el apuro, cosecha palabras sin haberlas sembrado, y a eso se debe tanto disparate que a menudo escuchamos.

Me quedé pensando. Podría medir mi vida, ya no en segundos

escurridizos e ineptos, sino en la combinación, el privilegio de las palabras que convergían en una voz, en un tiempo irreparable. Qué precisión parecía tener de pronto todo, amén.

Esa noche fui incluso testigo de honor de algunas bodas. Uniones certeras, y otras de una pasión breve pero ineludible. También estaban presentes en el festejo las ovejas negras de la familia, frases implacables, adioses, insultos y peros. Sonidos filosos y cargados de congoja que habían agarrotado el alma a millones de seres humanos a lo largo de la historia y lo seguirían haciendo. En un rincón, cual hienas, se reían de sus andanzas, las sádicas. Orgullosas exponían el efecto desgarrador de sus ruines intervenciones. Una de ellas me observaba con desconfianza hacía rato. Se me acercó. Tenía un tufo a cerveza. Provocativa, dijo: ¡los verbos dan poder y los usamos toditos! Nada de cobardías. ¡Que lo dicho, dicho sea! Estaba sin lugar a dudas muy borracha. De súbito saltó a mi nariz, me dio un tremendo beso y sin dar explicación volvió a su sitio ignorándome por el resto de la velada.

Una procesión de sílabas encendidas como antorchas se agrupaba esparciendo un resplandor de oro nocturno. Pude leer: La palabra desnuda es silencio y es la valentía suprema de nuestro género. Silencio es la evolución última de la palabra, cuando esta se libera de su ego.

El silencio es la pequeña libertad del hombre, pensé.

Se asomaba el alba con un aliento a moras.

II. LA MÚSICA Y EL RESTO

NOCTURNO

Me arrojé al vacío. La caída era urgente, sin embargo daba tiempo a una palabra: vencido. Al tocar fondo me hundí en una superficie blanda, viva. Una lengua tierna. Yacía sobre ella casi contento. El olor primario a saliva me tranquilizó. Gateando alcancé el pavimento. Manos delicadas enrollaron la lengua como un felpudo, que empequeñecido cupo perfectamente en la boca carnosa de una mujer muy bella. Ella se ordenó el cabello con gracia y dijo sonriendo: ya estás aquí, ahora soñaremos juntos. Se inclinó y me dio un beso. Una campana nerviosa sonaba a lo lejos, a lo cerca.

Era el despertador infame. Si no me apuraba llegaría tarde a la fábrica por segunda vez esta semana.

Me fui, como siempre, colgando del tranvía. Aún podía saborear el beso, que ya echaba raíces, cosquilleándome los huesos, rebalsándome. ¿Se me vería en los ojos?

En Cracovia, mi ciudad natal, estudié cine. Fui la promesa de mi escuela, pero me enamoré de Sandra, una portuguesa, y no dudé en seguirla a su país. Acepté el trabajo en la fábrica de salchichones como una solución temporal hasta que dominara el portugués y pudiese dedicarme a lo mío, la ficción.

Los años fueron pasando. Muchos. Ahora era el esposo de una mujer amarga por no tener hijos. Yo, amargado también, había aprendido el idioma, pero nunca fui considerado un igual. Además Oporto no era ciudad para el cine. Durante mucho tiempo intenté conseguir financiación para mi primer proyecto, pero ante tanta puerta cerrada al final me resigné.

La relación con Sandra era ya casi inexistente. Como el sexo para ella se había vuelto superfluo, al menos conmigo, dormíamos en camas separadas, en habitaciones separadas. Yo estaba de acuerdo y me entregaba libremente a mi *hobby*, dormir.

¿Volver a Polonia? Mis padres estaban muertos, ¿Cómo enfrentarme a mis antiguos compañeros de estudio? ¿Con las manos llenas solo de callos? No, yo me quedaría en Portugal, elucubrando cine desde mi cama, filmando sueños en mi cabeza.

En la fábrica sobrellevaba el día insípido. Manipulando salchichas, yo mismo me sentía una de ellas. Un cartílago muerto. Al llegar la noche, rasgaba la membrana que me aprisionaba. Ya no era una salchicha más. Las salchichas

no sueñan.

A veces la vida me había parecido bella, pero nunca tan bella como los mejores sueños. Siempre comprendía un espectro limitado de emociones. Los grandes sentimientos, los que yo conocía del cine, quedaban agazapados en el subconsciente esperando que llegara la noche para mostrarse en función privada, exuberantes, sin la censura mediocre de la razón. Yo pedía más. Como decía un escritor cuyo nombre no recuerdo: El aburrimiento es dolor diluido. Pero yo era creador, el dios en pijama de mi universo onírico y las posibilidades escenográficas parecían infinitas. Me mudaría al sueño.

Apenas me desperté fui a la habitación de Sandra, intenté explicarle lo que pensaba y le pedí la separación. Ella, para mi asombro, lloriqueó mucho, dijo que yo no era el de antes. Aquella misma tarde se iría a casa de sus padres.

¿Es que son más verídicos los sentimientos de vigilia? Los del sueño proceden del mismo origen. ¿No es acaso el llanto durante el sueño el más triste, e incomparable la voluptuosidad del sueño erótico? ¿Por qué conformarse con menos?

Esa noche dejé la cena de lado y me fui temprano a la cama. Deseaba a toda costa volver a ver a la mujer cuya lengua me había salvado de la muerte la noche anterior. Me afeité y perfumé especialmente para ella.

Aparecí en el interior de una catedral, muy similar a la de Florencia, solo que esta tenía una cúpula verde de cáscara de sandía. Un grupo de músicos tocaba algo parecido al jazz que solía escuchar en mi juventud. Como yo tenía hambre, pude reconocer el chocolate amargo en los *pizzicatos* del contrabajo. El hojaldre crocante de los acordes de guitarra. La melodía del saxo, un sorbetón de vino espeso. La flauta, un *soufflé* de limón fresco. Y así estaba cuando de pronto fui perro. Uno pequeño y denso. La bella mujer era mi ama. Me sacó a la calle. Yo le ladraba con mucho sentimiento, pero ella parecía no reconocermé. De tanto menear el rabo me desperté.

Bastante ofuscado fui a la cocina a prepararme leche tibia con miel, para volver al sueño, esta vez sin hambre, ojalá ya no perro.

Estaba tendido y sentía su cuerpo. Juntos tramábamos besos y nuestros besos eran absolutos. Ahora entendía el porqué de los labios.

Para regresar a ella, atravesaba la jornada como un mero trámite burocrático, y luego ya podía enmarañarme en sus ojos frondosos.

Por las mañanas adoraba el murmullo de las sábanas. Ellas eran mis

cómplices, sabedoras de nuestra historia, que comentaban con sutileza entre pliegue y pliegue.

Nos hallábamos en la Isla de Pascua, su isla, en una playa extensa y luminosa, cubierta por conchas de almeja. Ella dijo que eran los esqueletos de los besos pasados. Allí estarían incluso los besos de Adán y Eva. Llevaba puesta una toca con crujientes hojas de lechuga, seguramente emblema de su estirpe. Sus pómulos eran de cobre repujado, sí, porque ella provenía del reino mineral, vegetal y animal. Ahora, en vez de manos, dos pulpitos tornasolados le colgaban de los brazos. Adhirió sus patitas a mis hombros desnudos. A través de sus ventosas manaba una ternura de agua.

¿Te cuento algo? Estoy encinta, claro que de ti, tontón.

Al despertar, su voz de musgo continuaba en mi oído. Ese día llegué tan radiante al trabajo que hasta mis compañeros lo notaron. Solía reservar la sonrisa para la noche. Joel me preguntó a qué se debía el buen ánimo. No pude contenerme y le conté que sería padre. ¡Qué bien que Sandra finalmente sea madre! No, Sandra no es la madre. Es otra que tú no conoces. Un sueño de mujer.

Esa semana fuimos muchas cosas. Ella aguardaba cada noche en las venas de mi sueño, pero mientras yo trabajaba en la fábrica su ausencia ardía. Era insoportable. Debía encontrar alguna solución. Había una manera.

Hace diez días que no tengo piernas. Ocurrió en el trabajo. Me acaban de dar de alta en el hospital. Con la pensión de invalidez podré al fin permanecer postrado en cama. Quiero cuidarla, ver crecer a nuestro hijo. Seis días ya que no aparece. ¿Serán los calmantes? Ni siquiera sé su nombre.

He puesto un disco de boleros antiguos. La espero, bailaremos.

ELVIS

Escucho y le ruego al ritmo que te traiga. Ven aquí con la velocidad de tu tiempo. Crece el sonido, acordes risueños. El trinar de tu voz es el contrapunto perfecto a mi parpadeo muele-horas, al estribillo cucaracho de mis suelas.

La noche sin ti es obscena. Ven a bucear en mis manos. Te amo con esmero de cepillo.

Debo descubrir tus dígitos. Tu ADN, tu DNI, la aerodinámica de tus puntas, la barbarie de tus muelas.

Creo en la equidistancia, la justicia dérmica.

Derogemos la cautela, los tabiques de silencio. Todo cabe en un compás y los dos cabemos en mi cuerpo. Se descalabran los segundos. El camino está abierto: éxodo. La travesía inmemorial del semen. El eureka perpetuo.

Tu cuerpo todo lo puede, incluso ausente. Sacramento de nuestra fe por los siglos y esta noche, Olé.

Recojo a manos llenas la corteza de los besos que ideé contigo y los pongo en la repisa junto a la lavanda. Solo entonces el CD termina.

Llévate mi cáscara contigo. El mañana será una rata lamiéndome las vísceras, mas una rata enamorada.

LA NOTA LARGA

Teodoro, el violinista. No digo que llegara a conocerlo. La primera vez que lo vi fue cuando se mudó con su señora a mi edificio. Venía recién llegado del norte y como buen provinciano, tocó a mi puerta para presentarse.

–Buenos días, disculpe que lo molestemos, me llamo Teodoro y esta es mi mujer, Marta. Somos los nuevos vecinos, justito arriba de usted. Solamente queríamos saludarlo y contarle que como somos músicos, le meteremos un poquito de bulla. Marta toca el piano y yo soy violinista. ¿Quizás querría usted tomarse un cafecito con nosotros un día de estos?

Fui a visitarles la semana siguiente y no solo hubo café, sino una gran comilona. Todavía no conocían a nadie en la capital, cortejaban mi amistad. Me mostraron fotos de su boda reciente y otras de la familia en el norte. Yo no conté mucho acerca de mi vida, pude zafarme haciéndoles muchas preguntas. ¿Qué podía contar sobre mí? ¿Que toda mi semana era domingo? ¿Que era un alcohólico? Seguro que no. No quería espantar a mis nuevos amigos, si ya casi no tenía.

En los meses siguientes los visité un par de veces. Quizá cuatro o cinco. Ella, Marta, se mostraba cordial pero muy tímida. Apenas abría la boca para ofrecerme más comida o más vino. Teodoro en cambio hablaba como si le pagaran por hacerlo. El tema principal era su nueva orquesta y las cosas que allí acontecían. Pasada la cena veíamos juntos algún partido de fútbol y después regresaba a mi apartamento y seguía bebiendo. Al día siguiente, con la resaca no era mucho lo que lograba recordar.

Ocurrió que una noche llamaron insistentemente a mi puerta. Era Teodoro, con el rostro demacrado. Fuera de mi costumbre, lo hice pasar al apartamento que estaba hecho un chiquero. Esquivando botellas vacías alcanzó mi único sofá y se dejó caer en él. Sollozando me contó lo que acababa de suceder. Venía directo de dejar a Marta en la morgue. Hacía apenas una hora ella había fallecido atragantada con un trozo de filete. Él tuvo que soportar la tortura de verla asfixiarse sin lograr hacer nada para salvarla. Cuando por fin llegó una ambulancia al restaurante, no había doctor que la pudiese ayudar.

–No es justo –se lamentaba–, con tanto esfuerzo, venirse para acá, renunciar a la familia y los amigos, con el único objeto de trabajar en una buena orquesta y ganar suficiente para que a Martita no le faltara nada, ¡y

resulta que se me muere así! No es justo.

Yo no tenía a mano ningún argumento para calmarlo. Pero tenía whisky. Aquella noche nos emborrachamos juntos.

Tres días más tarde lo acompañé al funeral. Su aspecto no había mejorado nada. En la misa tocó el «Air» de Bach. Cuando dejó de tocar le faltaron ojos para tanta lágrima.

Nos fuimos después a pie, del cementerio hasta nuestro edificio. Por más que yo traté de consolarlo, no paró de llorar durante todo el camino. Antes de separarnos dijo, como pensando en voz alta:

–Le voy a dar la lata a Dios con mi música. A ella no me la va a llevar. Hablaré con Él en su idioma y no podrá hacerse el sordo.

Durante la semana siguiente no supe nada de Teodoro. Golpeé varias veces a su puerta, pero sin resultado.

Era verano e incluso en las noches el calor no aflojaba.

Sentado en un parquecito, frente a mi edificio, tomando cerveza, solía observar las ventanas de los apartamentos, y en su interior la luz macerándose. La de su apartamento era diferente; una luz trémula, como lista para precipitarse al vacío. Era la luz de una vela.

Cuando empezaba a preocuparme bastante por él, lo oí afinando su violín. Empezó tocando el «Air» de Bach.

Las cantinelas se repetían una y otra vez, a veces de manera colérica, la siguiente como una súplica, y así... la ejecutó de tantas formas que perdí la cuenta. Arremetía contra las cuerdas con tal fuerza que parecía un milagro que no las descuajara. Les arrancaba acordes como bofetadas secas.

Escucharlo tocar era tener la soga al cuello, pero una soga de seda. De su instrumento colgaban tonos sinceros, sin afán estético. Al principio traté de abstraerme de ellos, pero de a poco mi oído cedió. A partir de ese momento le perdí la perspectiva al asunto. Algo desató en mí su música y poco importa ahora el resto.

Ansioso, esperaba cada mañana a que él comenzara a tocar. Aceptaba su elección como quien recibe el menú de un chef y sabe que se encuentra en buenas manos.

Aquellas resonancias circulando por mi habitación conseguían que ésta me pareciera menos desnuda, no tan hostil. Las horas se ablandaban, perdían su crudeza. Yo me entregaba por completo al ánimo de una melodía que me vaciaba y volvía a completar como un rompecabezas vivo.

Una tarde nos cruzamos casualmente en la escalera, él llevaba una bolsa con comestibles bajo el brazo. Le pregunté cómo estaba, él respondió sin interrumpir su ascenso con un escueto: bien, gracias. Me sentí un poco ofendido de que no se tomase más tiempo para explicarme en qué andaba y, como antes, me invitara a su departamento a beber algo.

Entre tanto Teodoro ya había dejado a Bach y otras melodías reconocibles. Sus prácticas se tornaron minimalistas. Ahora producía trinos, *pizzicatos* y qué sé yo cuánta cosa, cuyo nombre desconozco. Sonaba como estar parado delante de una pajarería.

A la semana siguiente porfió en secuencias de notas con una aparente lógica, de ritmo monótono y efecto casi hipnótico.

Yo estaba seguro de que él, con esos experimentos, había descifrado algo así como la genética de la música, el eslabón entre la música y el resto. La emitía, ya sin ornamentos, despojada de melodía y ritmo y la desmenuzaba día tras día, semana tras semana.

Me condicioné a su rutina. En las madrugadas despertaba ansioso a causa del silencio. La lógica se había dado vuelta: el silencio ya no significaba tranquilidad, sino vacío, horas muertas, y yo había tenido suficiente de eso.

Me quedaba a veces todo el día tirado en la cama escuchando sus prácticas, aventurándome a esa otra perspectiva del tiempo. Música era tiempo acústico y era bueno. Cómo sería mi dependencia, que hasta dejé de beber y limité al máximo mis salidas. No quería perderme nada, así que cancelé también todas mis citas con mujeres (a sueldo). Era tanto lo que necesitaba escuchar y eso sería únicamente posible si permanecía sobrio y solo.

Una única nota se podía alargar horas enteras. La nota sudaba, mostraba su esqueletito, se rendía. Casi me daba lástima.

Así fue como salí de mi letargo. Mi lema había sido: El hombre es muy pequeño recipiente para tanto mundo. Había reducido al mínimo mi mundo, para evitar el rebalse, pero ahora los sonidos habían llegado a mí sin pedir permiso, como un torrente barriendo añejos coágulos.

De vez en cuando pensaba que debía hacerle una visita al violinista. Este hombre ya no iba a trabajar y tocaba el violín dieciséis horas al día. La verdad es que por simple egoísmo no intenté cambiar la situación. A esas alturas debía yo oír su violín dieciséis horas al día. Yo, fracasado en mi profesión, encontraba por fin mi vocación verdadera.

¿Estaría Dios también escuchándole? Difícil creer que incluso Él lograra abstraerse de aquella música, o mejor dicho, de aquella nota, pues Teodoro los últimos días tocaba en su violín una única, bellísima nota, de una ternura irrefutable.

Muy tarde cada noche, cuando él dejaba de tocar, yo la seguía oyendo. La nota larga. No se extinguía, sino que quedaba ahí, aparentemente muerta, pero latente, en mi cabeza, en mi oído interno. ¿Sería eso lo que había querido decir Teodoro cuando volvíamos del cementerio? ¿Pretendía enseñarle piedad a Dios? Llegué a pensar que Teodoro era consciente de que yo lo escuchaba siempre. ¿Formaba yo parte de su plan? ¿Me necesitaba para que su música no muriese?

Un lunes vinieron los bomberos a forzarle la puerta. La vecina de enfrente les avisó que él ya no paraba de tocar el violín desde hacía dos días. Ni siquiera para comer.

Dijeron que se había vuelto loco. Vi cómo se lo llevaban entre dos hombres. Iba con los ojos cerrados y expresión de felicidad absoluta. Se llevaba la música puesta.

ALICIA

Domingo, también en las albóndigas, y acumulándose sobre todo en los pliegues del cuello de Alicia. Por más que se embadurna con sus grasas costosas el tiempo no le resbala.

Ella, tendida sobre el sillón, sueña que el futuro ha llegado. Sin embargo, este futuro es diferente a como se lo imaginó y además huele a cebolla frita. Allí deambulan los mismos rostros, los mismos crucigramas, gatos añejos y sonrisas ortopédicas, solo que ya no hay que sentarse a esperar nada. Se despertó. De nuevo era presente y llovía.

Puso un disco con los cuartetos de Mozart. Sonaban como un futuro a medida.

Llevaba puesta su bata de seda celeste. Sobre el sofá, adormecida, Alicia oía la lluvia y su música favorita, que la hacía sentirse protegida por líquido amniótico.

Si el alma existiese, seguro que Alicia tendría una. Su sonrisa le caía prolija sobre los dientes postizos. De vez en cuando abría sus párpados arrugados y me miraba como si me desconociera de toda la vida. Nada más lejos de la realidad. Yo le había prestado servicios durante dieciséis años, que equivalían a cincuenta de los míos, ejerciendo de gato de salón, puertas adentro. La ciudad era para mí solo una hipótesis, un espejismo si se quiere. Todavía alcancé a gozar junto a ella los últimos años gloriosos de esta villa: las fiestas, las tortas de arándanos, las estupendas tertulias musicales... Todo esto antes de que falleciese don Alfonso, que en paz descansa el muy putero, por cierto. Dicen que dejó varios hijos repartidos por el mundo. Aquí solo dejó su biblioteca.

El tiempo de las personas parece ser de mucha trascendencia. Entre tiempo y espacio, la verdad es que no dan abasto. Las veo casi siempre insatisfechas, escamoteando algún presente enclenque, mientras se preguntan una y otra vez: ¿llegarán días nuevos? Yo no me quejo. Es un secreto a voces que los gatos se deslizan con etéreo virtuosismo por los tejados y los tiempos. No pretendo abarcar mucho, o me decido por el tiempo o por el espacio. El tiempo me sabe intermitente, en una especie de alzhéimer placentero. Y evito a toda costa mencionarlo. Ciertas palabras tienen demasiada carga emocional, como la palabra domingo. Pronunciarla es ya caer en el embudo pérfido que

induce a lunes, a mes, a tumba.

Los domingos se agravan con los años, se vuelven algo crónico.

Alicia se levanta y mira a través del ventanal. Afuera sigue lloviendo y corre un viento enamorado de sí mismo.

Alicia siempre había percibido la lluvia como algo que le sucedía en especial a ella. Diminutos fragmentos de un espejo vivo, de perspectivas líquidas, un prisma que descomponía sus opacos sentimientos y le concedía una ilusión de libertad, casi de vértigo.

Al terminar el disco fue al tocador y mientras orinaba y se pintaba los labios para verse más bonita, cayó en la cuenta de que ya hacía cinco años usaba sus labios tan solo para eso, y de inmediato le cambió la expresión del rostro. ¡Qué líquido amniótico ni qué ocho cuartos! La verdad es que estaba harta. Necesitaba vacaciones de sí misma. Poder diluirse acaso un poco en otro cuerpo. La alegría era un músculo que había que volver a ejercitar.

Algo se trae entre manos esta mujer, la conozco como las zarpas de mi pata. La veo de nuevo vivaracha, canturreando en la bañera a ese estúpido pato de plástico, coqueteándole. Y ha llamando recién a alguien por teléfono, con una vocecita distinta a la que usa conmigo cuando me da la porquería seca esa que dicen que es lo mejor para el gato.

La observo estupefacto. Desnuda se contempla ella en el espejo. Difusa entre una nube de perfume, ensaya movimientos lascivos, fuera de contexto. Tiene setenta y tres años malamente repartidos en el cuerpo. La vida me la pelafustó bastante, pero yo la amo, mutuamente incluso, por mí y por ella. Me conmueve tanto verla así, tan juguetona, que le lanzo un miau en picado que cae hecho trizas al suelo sin surtir efecto.

Desnuda, con un collar de perlas al cuello, se sienta Alicia al piano y empieza suavemente a tocar una sonata de Schubert, como en los buenos tiempos. Los recuerdos llegan a mí cual pescado fresco. Qué bien se ve así. Por lo que dejaba entrever en aquel entonces don Alfonso con sus quejas, el coeficiente sexual de mi ama era más bien medio-bajo, pero qué artista es cuando de teclas se trata.

En medio de la sonata sonó el timbre. ¿Quién podía ser en plena tarde? La señora de la limpieza había estado aquí recién el viernes.

Un hombre de pelo oscuro y expresión de seta pasa directo al dormitorio de Alicia que continúa desnuda y ahora tartamudea (también su desnudez tartamudea). Sin mediar palabra, veo cómo él le acaricia el collar de perlas.

Me echa de la habitación de un puntapié y cierra la puerta. No ha pasado siquiera media hora cuando lo veo cruzar de nuevo el umbral, más liviano y sonriente y contando algunos billetes.

De modo que era eso. Alicia continúa tendida de espaldas sobre la cama, como deshuesada. Tiene los ojos tiesos y el carmín en los labios, intacto. Me tiendo a su lado y le ronroneo. Pero ella se levanta, sale al jardín y deja que el agua resbale por su cuerpo. Una lluvia fina y definitiva.

Debo hacer algo para que la noche caiga, aquí mismo y ahora, al menos para ella.

EL CHELO

Como cada mañana, lo veo abrir la puerta de mi habitación. Se asoma en la penumbra, todavía en pijama, con una taza de café en la mano. Abre las cortinas y se sienta a mi lado. La piel del día es suave.

Sin preámbulo me alzan sus brazos. Aterrizo justo en el ojo del huracán, en el hueco aún caliente entre sus piernas semiabiertas. Con firmeza apretujan sus muslos mis curvas. Siento sus manos virtuosas, el tacto de sus dedos encabritados recorriéndome. ¡Qué bien me intuye! Con los ojos cerrados acaricia mi cuello. Levanta su brazo derecho y por fin arremete contra mí con todas sus fuerzas: sol mayor. El arco frota mis cuerdas, arrancando de mi estómago la primera bocanada de arpegios mañaneros.

Soy madera musical, un chelo. Un tejido de notas brota de mí y se esparce en el aire perforándolo. La luz respira con nosotros en síncopas. Hogueras de acordes arden fugaces, él se ofrenda a ellos. Por un segundo lo veo fosforecer, veo su ego morir. Se refresca luego, en un trino-llovizna, y con renovado tesón recorre kilómetros de escalas que no lo llevarán a ningún sitio, cromáticas vertiginosas que satisfacen todo recoveco del deseo tonal. Sírvase la nota que desee, don Oyente.

¡Se está sonando la vida este hombre! Despliega jocosos *glissandos* de mi caja sonora, fraseos que te conmoverían.

Nos internamos en el mar de los sargazos. Trueno-soles de sonido, aguanieves oblicuas. Las dinámicas se desploman, de rodillas le suplican a la tónica.

Melodías corrosivas disuelven el momento. Avasallantes ritmos hacen bailar las esquinas paralíticas del alma.

El músico aventura con porfía los escarpados arpegios. Repite- repite- repite. El músico baja los brazos.

Silencio (en mi menor).

Y de pronto Bach. Cantilenas serpientes de amor, cascadas de notas sin huesos. Tupido dolor, tupida dicha y ni el más leve espacio atómico de Nadas entremedio. La densidad magna.

Capitulamos y abdicamos una vez más en favor de la música. Esparciremos la última nota, depurativa, larga y ecuánime. Una Hostia musical.

De esta forma y de otras acostumbramos a jugar él y yo mañanas completas. Después (no sé bien cuándo, mi tiempo son compases) él me empaca en el estuche y me lleva consigo a su trabajo, los ensayos de orquesta, pero esa ya es otra historia.

EL CONCIERTO (LA OTRA HISTORIA)

Tan claramente demarcado como el antes y el después de Cristo, para nosotros los músicos también existe el antes y el después del concierto.

Por la tarde, me siento de hule, luego espuma disolviéndose a soplos de miedo. Tanto me creo artista como rata acorralada (soy reversible). Las horas previas son de hojaldre. Da miedo hasta moverse. Me atormenta un temor ridículo, qué temor no lo es, de que el hilo de la memoria se corte como un collar y las perlas musicales se desparramen en mi mente y entonces se plante frente a mí el vacío de la memoria, pesadilla recurrente del músico.

Los rituales: nada de café ni de sexo. La patita de conejo en el bolsillo del frac es im-pres-cin-di-ble.

Al entrar en el camerino veo a los colegas pavoneándose, lustrosos, pirueteando Paganinis. Les gotea el alma por los dedos. Todos ocultan con decoro su terror al auditorio. Sin embargo huele a rosario, a ¿por qué yo? y sobre todo a ¿es necesario?

Un rayo atraviesa mi espina dorsal, han dado la señal para entrar al escenario, mi glamoroso infierno. Cómo me gustaría guardarme en el estuche con el chelo hasta el próximo concierto.

Efectuamos una salida parsimoniosa, de efecto. Aplausos por doquier. Muchos ojos nos observan, la mitad con rimel.

Ciento veinte intérpretes logran ponerse de acuerdo en un la magro, tieso.

Somos pastores de música, sacaremos los sonidos a pastar. El director es el perro ovejero. El público se encargará de trasquilar a esas criaturas silvestres y ciertas.

El director baja la batuta: la música no comienza, continúa.

Pincelamos diáfanas capas de sonidos. Unas sobre otras envuelven a la gente, parecen orugas de nácar.

Los miembros de la orquesta, y yo con ellos, ¡qué orgullo!, se mueven en sus asientos con misteriosa coordinación, igual que algas ondulantes en el fondo del mar. ¿Sentimiento colectivo?

La sinfonía termina. Piden más. ¡Otra, otra, bis!

El director esboza una opaca sonrisa. La misericordia está aquí fuera de lugar. Abofetearemos a la muchedumbre a acorde pelado. Les estropearemos su sosiego, embetunándoles los oídos con un popurrí de cantinelas sin freno, ¡y

quién los manda venir! El director, con la batuta-uslero los amasa a capricho, los evoluciona. El plasma sanguíneo está de marea alta, el público se olea por dentro.

Una pausa general, un respiro, y vemos entonces alzarse lentamente y caminar al animal megalítico, la robusta columna melódica, partiendo de los contrabajos y trombones y avanzando imperturbable en bloques paralelos de terceras.

Los chelos se desmigajan a tresillos. A ellos se acopla el grupo de las lúgubres violas, los gatos negros de la orquesta.

Veinticuatro ya impacientes, arrebatadísimos violines, aúllan erizados, resaltando los claroscuros de la obra. Cuando se han desahogado lo suficiente, se consolida una alfombra armónica, y solo entonces se hace sentir la tersa melodía de un oboe, serena, intensa, dejando expuesta la sempiterna pregunta. Las respuestas podrían ser muchas. Esta vez, como en tantas otras ocasiones, es un sí al unísono. Un incisivo flautín es la cereza que corona este bizcocho armónico. Ahora estamos todos juntos, amalgamados y contentos a más no poder. Somos un tremendo coágulo sonoro.

El director va marcando el decrescendo final, el descenso. El chelo es entonces el tallo que me sostiene.

Un silencio como una cicatriz atraviesa el auditorio de lado a lado.

EL ARTE DE LA FUGA, POR FAVOR

Aunque ella no era verde yo la quería, pero mejor vamos por partes. Les voy a rezongar mi historia.

Mis raíces son del campo. Era primavera cuando vi la luz, rodeado de pensamientos, gladiolos, tulipanes y un sinfín de árboles. De antes no consigo acordarme. Solo de una oscuridad cariñosa. Crecí en un pueblo soleado y húmedo. El señor que cuidaba de nosotros con mucha diligencia nos hacía escuchar todos los días música de Bach para que nos desarrollásemos fuertes y sanos.

Una mañana en que el sol recién había asomado y yo tatareaba el primer tema de *El arte de la fuga*, apareció un camión por la finca y en cuestión de minutos nos empujaron a todos dentro. Sin violencia, cabe decir, pero también sin explicaciones. Nunca volvería a esas tierras.

La marcha se hizo eterna, en caso de que la eternidad fuese tan estática. Sin luz ni cielo abierto. No, la eternidad seguro que transcurría, pero sin dañar, como Bach, que significa arroyo en alemán.

El camión por fin se detuvo y entre dos hombres nos descargaron sobre unas mesas.

A nuestro alrededor circulaba multitud de gente. Jamás había visto tanta. Se afanaban de un lado para otro arrastrando carros o conversaban entre ellos con grandes bolsas colgando de los brazos. Frente a nosotros, así como a izquierda y derecha, se alineaban incontables mesillas sobre las que depositaron todo tipo de frutas y verduras. Un poco más lejos me pareció reconocer algo de verdad impúdico. Raíces al aire.

Estoy todavía estremecido, asqueado hasta la savia cuando se acerca una mujer pálida y me apunta con el dedo. Tiemblo de terror. ¿Me dejarán también a mí desarraigado y mustio como al otro?

—¿Cuánto cuesta este hibisco?

—Quince euritos para usted, prima.

—¿Siempre le cobra tanto a sus parientes? Por diez me lo llevo.

—Pero caserita, usted lo quiere regalado. Este hibisco es muy fino y si lo trata bien le dará flores todo el año. Acuérdesse de mí.

—Por doce me lo llevo feliz.

—Para que usted sea feliz, primor, yo, cualquier cosa, pero no se lo cuente

a nadie, mire que me hago mala fama.

Antes de entender qué está pasando, la mujer me abraza con delicadeza y a pasos irreversibles me separan de mis amigos del vivero.

–Hola, mira qué planta tan linda he traído, Rafa. ¿Te gusta?

–Siempre tirando el dinero por la ventana, como si tuviésemos tanto.

–Tú sabes de sobra que no soy botarate. Hace meses que no me compro nada pero como me habían pagado recién el planchado extra, no me pude resistir. Siempre quise tener un hibisco. Es planta de ricos y quizá nos traiga suerte.

–¿Qué hay de comida? ¿Trajiste cerveza?

–Ahí te dejo, tesoro. Cerca de la ventana para que te dé la luz. Te cambiaré a un macetero más amplio. Tú pórtate y dame muchas florcitas.

Gema me riega con cariño, pero no está nunca en casa. Trabaja demasiado la pobre. Pasan los días y me empiezo a sentir lacio. Echo de menos el terruño, a Bach. Desde mi ventana, que suele permanecer cerrada, veo pasar los autos. Uno tras otro, así. En el salón se amotinan las botellas vacías. El humo de los cigarrillos se adhiere a mis fibras y el televisor está siempre encendido y Rafa siempre apagado o bien borracho. Necesito motivación, belleza. Voy a intentar mi primera flor. Vamos viendo..., hay que empezar acurrucando tanto consuelo como pueda para el capullo.

Me hice amigo de una lombriz de tierra. Como es muy tímida y no le gusta la tele, sale solo de noche a conversar conmigo. De día cava túneles en mi maceta y mastica y escupe la tierra hasta que la relaja.

–Estoy harto de mi jefe. Qué tipejo. Me volvió a llamar a su oficina porque, según él, le habían llegado quejas de mí.

–Ten cuidado, Rafa. Aún no completas tres meses en ese trabajo y vuelves a tener problemas.

–¿También tú me vas a sermonear? Estoy hasta la coronilla de llenar papeletas. Voy a hacerme taxidermista, así andaré a mi gusto.

–¿Cómo que taxidermista? ¿No querrás decir, taxista?

–Tú siempre tan sabionda. La comida te ha vuelto a quedar salada. ¿Y dónde escondiste el orujo?

Ya es de noche y desde el salón escucho cómo Rafael pelea con Gema.

Me amanezco y doy a flor. Una ofrenda para ella. Me salió llena de contrapunto entre aroma y color, un Arte de la Fuga vegetal.

Gema se va a la casa de su madre sin siquiera ver la flor.

Una brisa fresca (Gema ha dejado la ventana abierta) me trajo una abeja. Zumbaba ronca y peluda. Sus patitas trepaban por mi tallo, por mis costillas en el preámbulo de la polinización. Después estuvimos hablando de música. Fue divino.

Hace cuatro días que no vuelve Gemita y tengo una sed horrenda.

En calzoncillos, tumbado sobre el sillón como una morsa, Rafa se pasa toda la noche viendo películas porno. (Ni pensar en probar cosas así con abeja). Duerme durante el día y no se molesta en abrir las cortinas.

Hoy es mi sexto día en ayunas. Escucho las gotas de lluvia desnucándose contra la ventana y es un tormento.

—Compadre, lo siento pero me voy. La tierra está tan seca que se me acalambra la mandíbula con el mastiche y no consigo nada. Fue un gustazo conocerlo. Ojalá volvamos a encontrarnos en mejores tierras.

Se fue mi lombriz y ya ni siquiera logro entretenerme con la fotosíntesis. Tengo mis gargantas tan secas... Voy a hacer inventario: tres hojas aún turgentes, dos achurrascadas en las puntas y con pulgones, y dos amarillo patito. Un cadáver de flor colgando a media asta y la moral por los suelos. Qué estropeado estoy.

Al octavo día suena el picaporte y veo a Gema en la puerta. Salvado.

Gema ordena el hogar dos días completos. Por la conciencia sucia conmigo, me compró abono y limpió mis hojitas. Yo, nada de rencoroso.

No han pasado ni dos semanas y Rafa llega a casa borracho y tardísimo. Como era de imaginar, lo han echado del trabajo. Escucho golpes y gritos. Luego Rafa se va dando un portazo.

Por la mañana Gemita me martiriza obligándome a oír seis veces una canción que dice «Se nos gastó el amor de tanto usarlo». ¿Por qué la tragedia puede ser tan ridícula? Veo que entre lagrimón y lagrimón hace su maleta. Todo indica que nos vamos. No, me he equivocado, a mí me deja en la acera.

El sol está pegando fuerte. Ojalá venga pronto alguien y me lleve. ¿Tal vez algún amante de la música?

NADA NUEVO

Emperifollada con sus mejores trapos y maquillada como para el circo, mi esposa me esperaba en el umbral de la puerta.

–Apúrate, Luis. No te imaginas cuánto he tenido que esforzarme para conseguir las entradas y si no te das prisa no llegamos a tiempo.

Apenas alcancé a darme una ducha antes de ponernos en camino a la sala de conciertos.

Frente a la escalinata principal nos estaba esperando una pareja amiga. Bueno, eran el esnob de Ricardo y Lucrecia, su esposa, que hasta hace poco era mi amante, antes de buscarse a otro nuevo.

Ricardo, como siempre con ínfulas de melómano, me explicaba el programa de la noche, sin ahorrar en fechas ni término docto alguno, mientras que ellas competían con sus escotes y anillos.

La gente formaba una larga fila para entrar. Personas de posición selecta, incluso algún ministro. Todos vestidos de forma ostentosa, todavía más que los propios músicos.

En el auditorio un imponente silencio de terciopelo rojo emanaba de alfombras, butacas y cortinas. Nada menos que la gran gala de la filarmónica, transmitida en directo por televisión a Europa entera. Qué me dicen, mi fantasía de toda la vida. Adoro la música, los conciertos, pero les aseguro que en las incontables veladas a las que desde pequeño asistí, entre gravísimos gestos, la etiqueta extrema, sopranos turgentes y tantos carraspeos, un sudor frío me invadía. Ese impulso...

Las luces se apagaban y mientras se consumaba el pacto de silencio. Silencio que no pertenecía al público (silencio tramado hace siglos por Mozart o algún otro, y vuelto a la vida, desde la partitura, quizá la tumba), miraba yo a mi alrededor y era siempre lo mismo: el auditorio parecía un animal corrompido; ancianos retorciéndose los nudillos, damas intentando camuflar la sonajera de sus tripas. Otros cuantos desesperados chupaban caramelos, se mordían las uñas. Tan solo unos pocos lograban abstraerse conciliando el sueño o se desahogaban en un estornudo bandido. Era por mí y por ellos, sí, no podíamos seguir siendo solo eso, orejas sumisas y anónimas, existiendo de soslayo en la masa amorfa, por más bella que fuese la música. Mi minuto de fama había llegado. Tuve la certeza de que mi voz luciría en

aquella circunstancia. Yo tenía algo que decirle a Ricardo, a la zorra de su esposa, a Vivaldi, a ustedes. A mi esposa ya no tenía nada que decirle, pero bueno, me tendría que escuchar también.

Fue preciso oír al más libidinoso de los compositores barrocos en un aria para soprano de coloratura y no pude contenerme ni un segundo más. Me esparcí en un grito. Al fin podía oír mis propias palabras chapoteando por el suntuoso espacio de la sala de conciertos. Y no cualquier palabra; indecencias, fantasías guardadas toda una vida. Basta de intimidad, de secretos, de soledad al fin y al cabo. Este era yo. ¡O lo toman..., o lo toman, los muy engreídos!

La orquesta cesó de tocar y la gente me observaba con sus bocas tan abiertas que parecían nuevas orejas. Eso me dio ánimos para continuar con más ahínco. Atroné la sala con mis gritos. La gigantesca lámpara de lágrimas que colgaba del techo tintineaba y se podría decir que a su manera reía. A mi esposa se le había corrido el rimel con su lloriqueo y se veía más linda que nunca.

El problema comenzó cuando de pronto, antes de que terminase de legar mi herencia verbal a toda Europa, dejando alguna huella de mi paso por el planeta, se acopló desde el palco un gringo, que ceremonioso se bajó los pantalones y empezó a mear, cascada platea abajo. El concertino se puso de pie e hizo astillas su violín en la cabeza de un oyente de la primera fila, comentando que aquello del «amor al público» era una falacia. Al mismo tiempo la soprano, ya con el pecho al aire, entonaba esa famosa canción de Madonna, y alegaba que teniendo más talento y preparación que ella, ganaba sin embargo ridículamente menos. El director, sobre las mismas, le pidió permiso para probar su do de pecho.

Estalló un bullicio infernal. Cada cual por su lado intentaba vivir su minuto de celebridad sin censuras.

Las maderas de la orquesta se apresuraron a encender una fogata donde ardían las eternas partituras de sus atriles (la quinta de Beethoven, la treinta y nueve de Mozart...). Allí mismo, aprovecharon los contrabajos para achicharrar sus pajaritas mientras tres bomberos de seguridad daban brinquitos extasiados alrededor de las llamas. Los despajaritados contagiaron de jazz a la percusión y al piano.

Los segundos violines estaban matándose por la silla del concertino, a la vez que las violas se turnaban para tocar partes solistas delante de las

cámaras. De los primeros violines no se veía ningún rastro.

Los transgresores menos creativos se agruparon en las primeras filas de la platea: un coro de personas tosiendo, bailando o simplemente hablando por teléfono. Detrás, el tropel intercambiaba golpes, ropas y pareja. El alcalde, que ahora lucía solo un sujetador de encaje fino, importunaba a todos por igual y ofrecía su mano peluda mientras comentaba las próximas elecciones.

Creí reconocer incluso al temido crítico musical, don Eulogio Taub, que forcejeaba con el director de la orquesta, intentando a toda costa arrebatarse la batuta. Estos desgraciados me estaban quitando el protagonismo. Se me tenía que ocurrir algo y rápido.

Entre tanto barullo me había olvidado por completo de mis amigos. Cuando los divisé entre la multitud desbocada, Ricardo tenía a Lucrecia agarrada por el pescuezo y la zamarreaba como a una zanahoria. Ella estaba bastante violácea, pero igual de sexy. A pesar de hallarnos en aquel oasis de libertad, decidí intervenir. Estaba muy buenona como para morir. Era poco ecológico. Ricardo entró de inmediato en razón con el puñetazo que le di.

Los conciertos suelen durar dos horas y este no fue una excepción. Con desgana nos dimos cuenta de que bajo nuestros fracs, empastes y bisoñés, no había tampoco tanto que confesar, obscenidades de que alardear, individualidades que exhibir, ni nada en realidad. Nada nuevo.

La tranquilidad iba retornando al auditorio y con ella una sensación de vacío.

Tomamos el último taxi frente al auditorio. Menos mal que mañana es domingo. Podré dormir hasta tarde.

PERSPECTIVA

Mi primer recuerdo es mi madre y su voz de galleta remojada en leche. Nunca vi su rostro, nací ciego. No me quejo, siempre estuve rebosante de texturas, sonidos y aromas yuxtapuestos. Es cierto, carezco de visión, pero con los años he ido profundizando en otros sentidos: el sentido del deber, el de la culpa, el sentido del reloj, y quizá el más importante, el sentido figurado de la vida.

Fundamental fue mi oído. Lo tenía muy aguzado, para bien y para mal a veces.

Al cumplir siete años y cuando creía haber escuchado ya mucho, mi padre apareció con un clarinete, sin imaginarse que sesenta años más tarde y con ese mismo instrumento reemplazaría yo a Norberto, el violinista de la calle Santa Fe. Cada jueves, de camino al conservatorio, entablábamos conversación y sospecho que tras esos lentes ahumados se escondía un ciego a media jornada. Su voz no contenía una pizca de ceguera, tan solo una resignación fofa.

En el zoológico, donde mi padre solía llevarme los domingos, advertí por primera vez la veracidad de los animales. Sonaban tal cual eran, o al menos como los narraba mi padre. Describía con detalle sus colores, si vestían plumas, pelos o escamas y cómo se movían, y me dejaba horas allí solito, escuchándolos. El rugir del tigre contenía sus franjas de sol. Los guacamayos declamaban su verde y su rojo histérico. El oso polar bramaba frondosidad y el rinoceronte su espesura de hule. Qué pena que mi madre descubriera las infidelidades domingueras de mi padre y se acabaran las visitas al zoológico.

Para consolarme, casi me compran un perro, de esos entrenados, pero yo no quise. Me haría sentir más ciego.

Fue mi abuelo quien me llevó a conocer el mar y me aseguró que era el animal azul más grande que existía. Sí, suena azul y huele a inmenso. Desde entonces siempre vuelvo al mar. Cuando termine de morir quiero que esparzan en él mis cenizas ciegas. Con suerte seré comida para peces y estos a su vez alimentarán a pajaritos y podré mirar por todos lados.

Algunos pensarán que los ciegos no se pueden enamorar a primera vista; pues bien, yo me enamoré a la primera olfateada y fue un amor tan inmediato

como retroactivo. Se llamaba Rossana, hija de italianos, con olor a espaguetis al huevo y una voz rizada como la leche. También estudiaba en el conservatorio. La conquisté a acorde limpio (y un par de arpeggios).

Ella tenía veintiuno y yo veinticinco cuando nos casamos. Yo ya era un jazzista reconocido. Un año más tarde nos fuimos a probar suerte a Roma. Vivíamos en el piso que Rossana heredó de una tía solterona.

Transcurrieron diez años, también para ustedes.

El mundo comenzó a sonar feo. Lástima que yo supiera escuchar tan bien y me diera perfecta cuenta de que los gemidos de Rossana apenas brotaban de su garganta. Llevaba meses en que, pese a acariciarla como un ciego, ya no lograba atizar su cuerpo. A veces, encontrándome en plena campaña, empezaban unas melodías destempladas al otro lado de la pared. A nuestro edificio se había mudado un hombre que pretendía tocar la guitarra pero no sabía ni afinarla. Se pasaba horas en un punteo funesto. O le afinaba la guitarra al vecino o se la encajaba en el pescuezo. A la mañana tocaría a su puerta para presentarme con la excusa de que ambos éramos músicos y, como quien no quiere la cosa, agarraría su guitarra y asunto arreglado. Y así lo hice: Toc, toc. Hola, que soy el de al lado, bla, bla... Cuando él abrió la boca para contestarme, pareció que hubiese abierto un sarcófago. Tenía un tufo tan grotesco y como en espiral hacia el fondo, que casi me desmayo, pero no podía irme de allí sin haber afinado la dichosa guitarrita, y así, respirando por la boca, fui al grano.

De vez en cuando me aparecía por su casa con Rossana y unas cervezas, y mientras los dejaba conversando le echaba un ajuste al pobre instrumento. Rossana se ponía silenciosa, inusual en ella que hablaba por los codos y hasta las rodillas, pero quizá lo hacía para evitar que él abriera la boca más de lo justo y necesario.

Una noche en que me cancelaron el recital en el club de jazz por falta de público, volví temprano a casa y frente a mi puerta me calaron los gemidos de Rossana, esta vez llenos de placer verídico. Supe inmediatamente de qué se trataba y no porque fuese tan suspicaz, sino porque entre jadeos y suspiros mi mujer soltaba el nombre de nuestro vecino. Abrí la puerta y nada más llegar al dormitorio ya no fue difícil seguir la estela fétida del guitarrista malagradecido y en el meollo de la putrefacción intenté encajar mi puño. Fue un golpe ciego. Rossana procuraba tranquilizarme y yo le recriminaba a gritos su mal gusto por un tipo tan hediondo y poco musical. Que si bien yo era

ciego, él era sordo y sería mejor para la humanidad que también fuese mudo y así no apestará tanto al planeta cada vez que abrirá su boca. Se hubiese alargado bastante mi discurso de *cornuto* si no fuera porque un golpe me interrumpió en plena mandíbula. El primer segundo pensé que sería mi propio puñetazo que regresaba como un bumerán.

Esa noche perdí a mi mujer y esos dos dientes ineludibles para tocar como Dios manda el clarinete, pero me traía sin cuidado lo que Dios mandara. Para variar, qué le costaba a Él obedecerme una única vez y desmenuzar al guitarrista.

Me quedé solo en el apartamento, habitando de lleno mi oscuridad. No me guiaba por los relojes y su latir a sangre fría. Era yo quien decretaba la velocidad de mis horas. El camión de la basura con su paso de dinosaurio apocalíptico perfilaba las madrugadas. Dos semanas más tarde, cansado, volví a la Argentina.

El ciego recrea el mundo según la persona que se lo describa. Mi mundo al volver, ya sin abuelo loco ni padre poeta, exhalaba menos colores. Debía pronto encontrar a alguien que traspasase los matices escenográficos a mi alrededor o me volvería daltónico.

Me casé de nuevo.

Pasaron treinta años, para ustedes seguro que mucho menos.

La felicidad fue luego una cosa blanda y lisa. Ahora que estoy a punto de morir he ganado cierta perspectiva.

Y en qué andaré Rossana a todo esto. Su recuerdo me viene como un lamido de vaca, áspero y cálido.

III. HUESOS



El que ríe el último, ríe solo.

La distancia entre Dios y el hombre es asimétrica.

Un sabor nunca se arrepiente.

Este lunes he visto pasar por la avenida
un viento con corbata.

Los pájaros esparcen el cielo.



Todo tiempo pasado fue presente.



La palabra es perro que ladra y muerde.

Lagos: océanos jubilados.

El pepinillo es el pariente pobre del cocodrilo.



Siempre un juicio

El masoquista llora de oreja a oreja.

Entre el antes y el después no siempre hubo un ahora.

Dos poetas enamorados enlazan sus manos
como una sinalefa.

Siempre que te veo futureo.

Creo en el chocolate por el chocolate.



Microbio con zapatos de charol



El aullido desemboca en el perro.

Los sueños son bolsillos de la noche.

Detrás de cada gran verde hay un azul y un amarillo abrazados.

Las grandes superficies están en la cabeza.



Sarabanda



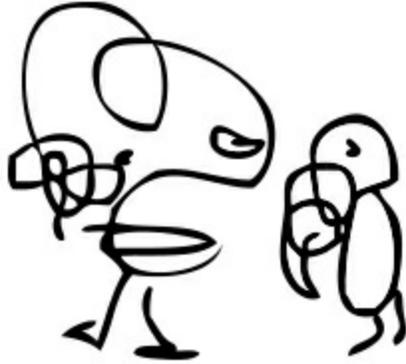
Hoy tengo las manos afónicas.

Soñar es insistir.

Al nacer nos dice Dios al oído: no lo olvides,

usaremos tus segundos, no los míos.

Ojos son heridas abiertas.



Átomo enojado

Llevo días tratando de olvidarte.
Ya al menos te borré la nariz.



Un LP es un ovillo negro de música.

¿Cuánto dura la muerte?

El calibre de la noche es proporcional a sus tripulantes.



El intelectual

Era feo así que me enamoré de su tristeza.



La luz nunca tendrá la velocidad de los celos.

¿Y si te busco en el *crescendo* del pan con levadura?

Tictac, qué juguetón sonido de consecuencias tan devastadoras. Kaput sería más onomatopéyico.



Oveja espíasueños

¿Usted cómo prepara las lentejas?

El musgo le ronronea a la piedra.

Al leer confundo certezas con cerezas.
Las segundas son más absolutas.

El placer es un instante que no implica tiempo.

La boca puede ser un imperio.



Violiperro



Un hipo desmantela cualquier grandilocuencia.

Prohibido aparcar en el rabillo del ojo.

La sopa es un adagio comestible.

Los ancianos se vuelven más creyentes:
Dios es acumulativo.



Librepensador

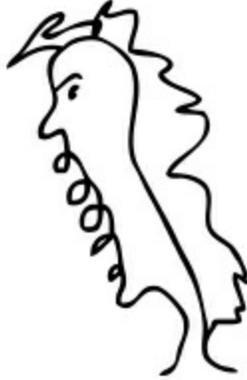
¿Wagner no compuso nada para pescado con verduras?



Prometo volver a este segundo.

Los bizcos miran en polifonía.

Cuando te veo, cundo.



Mujer quejándose

Hace dos gatos, un perro y tres canarios
que vivimos en esta casa.

El matrimonio implica ciertos episodios necrófilos.

Soy mi propio rehén y también mi recompensa.

Las arrugas son contrabandos de tiempo.

Me desperté sin dinosaurio y sin ti. Soy una cucaracha.



Librepensador cansado



Mi espejo seguro que exagera.

Vivir acorta la vida. Ministerio de Salud.

La tristeza, una pena con ínfulas.

La lluvia es agua tartamudeando.



El canalla



El músico es constante y sobre todo sonante.

Desperté en mitad de la noche y al encender la luz, sorprendí al reloj
lamiéndose los bigotes.

Tus ojos escarban como caries,
pero duele mucho más.

¿En qué libro de quejas anoto el chirriar de la luna?



Administrador de espejos



De nuevo dormí como una piedra: rígida, machacada, sola.

El violín, un trébol de cuatro cuerdas.

Sentido común es miedo con overol de trabajo.

¿Con los años la piel amaina?



Corchea en celo



Desde que se casó, el café le sabe más sumiso.

No todo sucede desde el principio.

Se me ocurrió mucho sentimiento al verte.

Mi piel no me abarca, préstame la tuya.



Pessoa



La velocidad es... fue.

En la ciudad vieja los árboles están arterosclorofilos.

Doce kilos de alegría: un jamón colgando en la cocina.

Hoy supe darme un beso.



Hipopótamo en clave de sol



Creemos para que nos quepa más música dentro.

La *t* con la *u*: Tú. ¿No podrías limitarte a ser tan solo eso?

Entre todas las muertes prefiero la muerte por exceso de días.

Busco pulpo soltero y sin compromiso.



Hombre recordando a mujer



Ya lo he intentado todo. Ahora inténtelo usted.

Quisiera serte y que tú me fueras.

¿No viene nadie hoy a limpiarme la jaulita, a sacarme el lodo que mastico?

Dormir es cicatrizar.



Luna ladrándole al perro

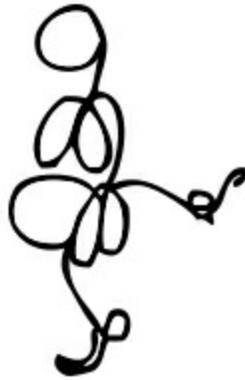


La sonrisa, el mejor atajo.

Ignórame al menos con dulzura.

Este silencio se hace el huevón.

Así como - × - da +, ¿es dos veces «no» un «sí» discreto?



Bailarina

Si el mar fuese dulce, los tiburones tendrían caries.

Los párpados, dos treguas chiquititas.

¿Y si el reloj hiciera tac tic, la cosa cambiaría?

Dios es optativo.

El día se me hace corto, especialmente en las mangas.



Segundo ensayando el vuelo



Muerte, no me quites lo bailao.

En la mueca mineral de cada piedra, un ahora diferente.

La piel merece continuidad.

Tus ojos, apenas para siempre.



Voy

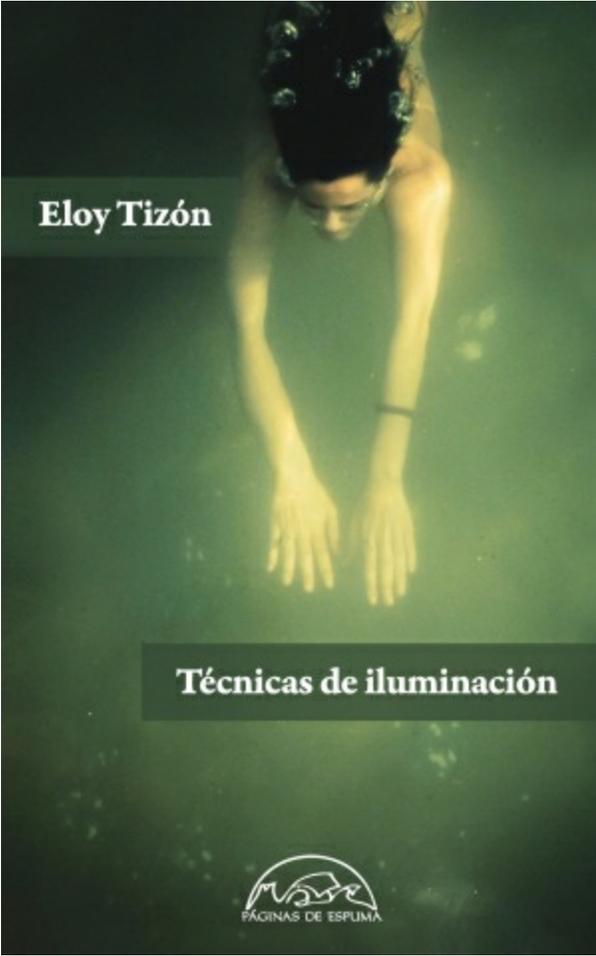
Recuerdos son instantes que dan para más de una vez.

El compás es la unidad de tiempo que menos hiera.

La noche es la lupa de la conciencia.

Dios cuelga la lluvia del cielo para que se seque.



An underwater photograph of a person with their hands clasped in front of them, viewed from above. The water is a deep, dark green color, and the lighting is dramatic, highlighting the person's hands and arms against the dark background. The person's head is visible at the top, and their arms extend downwards towards their hands.

Eloy Tizón

Técnicas de iluminación



Técnicas de iluminación

Tizón, Eloy

9788483935040

150 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Qué ocurrió realmente en la fiesta celebrada anoche? ¿Hubo alguna víctima? ¿Qué contiene la caja que nuestro jefe nos entrega en secreto, pidiéndonos que no la abramos, y dentro de la cual se detecta una agitación, un mínimo llanto? ¿Será un ser vivo o un mecanismo de rebelión? ¿Quién es "esa otra persona que no nos interesa", que suele aparecer en las relaciones de pareja casi siempre adosada al ser amado y de la que es imposible librarse? ¿De qué clase de apocalipsis huye esa familia que abandona la ciudad con lo puesto y termina vagando perdida por el bosque?

En todos estos relatos hay un reverso de sombra, un vértice de silencio, algo que no se nombra directamente pero que es una invitación al lector para que se sumerja y participe en la construcción del sentido. Para que intervenga en la extraña normalidad de estos diez sueños, y pueda encontrar un poco de claridad o un lapicero contra la desdicha. Páginas que resplandecen con luz propia. Técnicas de iluminación.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Samanta Schweblin

Siete casas vacías



PREMIO
NARRATIVA
RIBERA
DEL DUERO

RIBERA
DEL DUERO



Siete casas vacías

Schweblin, Samanta

9788483935170

112 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Las casas son siete, y están vacías. La narradora, según Rodrigo Fresán, es «una científica cuerda contemplando locos, o gente que está pensando seriamente en volverse loca». Y la cordura, como siempre, es superficial.

Samanta Schweblin nos arrastra hacia Siete casas vacías y, en torno a ellas, empuja a sus personajes a explorar terrores cotidianos, a diseccionar los miedos propios y ajenos, y a poner sobre la mesa los prejuicios de quienes, entre el extrañamiento y una «normalidad» enrarecida, contemplan a los demás y se contemplan. La prosa afilada y precisa de Schweblin, su capacidad para crear atmósferas intensas y claustrofóbicas, y la inquietante gama de sensaciones que recorren sus siete cuentos han hecho a este libro merecedor del IV Premio Internacional de Narrativa Breve Ribera del Duero. El jurado, del que formaron parte los escritores Pilar Adón, Jon Bilbao, Guadalupe Nettel, Andrés Neuman y que estuvo presidido por Rodrigo Fresán, valoró en Siete casas vacías la precisión de su estilo, la indagación en la rareza y el perverso costumbrismo que habita sus envolventes y deslumbrantes relatos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Valeria Correa Fiz

La condición animal


PÁGINAS DE ESPUMA



La condición animal

Correa Fiz, Valeria

9788483935842

168 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Es imposible que alguien se interne en los doce cuentos que forman La condición animal y no salga de ellos, al menos, sacudido, turbado y, por qué no advertirlo, también conmovido por la intensidad de estas historias.

¿Qué es lo que nos hace diferentes como especie, en qué consiste la condición humana? ¿Sabernos frágiles, expuestos, mortales? ¿Cómo seríamos si no temiésemos el mal ajeno? Eso parece preguntarse cada uno de los cuentos que Valeria Correa Fiz ha escrito con una prosa visceral, física y cargada de turbiedades, para conducirnos hasta nuestros propios miedos, nuestras inseguridades, nuestros temblores. El ángulo más oscuro del ser humano –la locura y la muerte, el amor y la enfermedad, la obsesión y la violencia y la ternura inevitables–. Un libro brutal. Un libro que duele, como duele la buena literatura.

Pocas veces nos podemos encontrar con un debut tan deslumbrante como este primer libro de Valeria Correa Fiz, una apuesta rotunda, seria y apasionante, que rebosa calidad y, sobre todo, futuro.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Enrique Serna



La ternura caníbal



La ternura caníbal

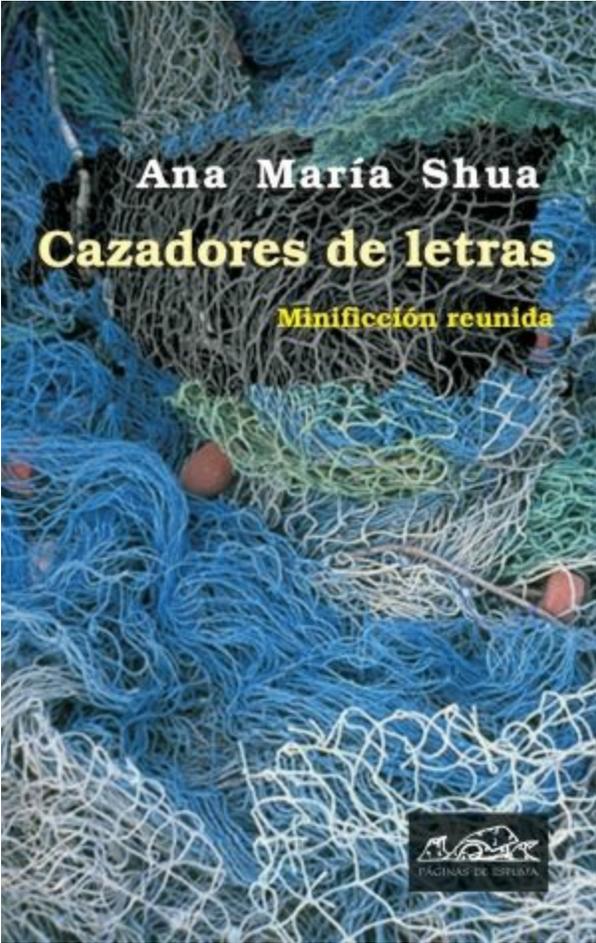
Serna, Enrique
9788483935262
260 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Los protagonistas de este álbum de pesadillas sólo encuentran satisfacción cuando se imponen a los demás o cuando conquistan un reducto de supremacía a costa de sus amantes, de sus amigos, o de su propia cordura. La mordaz ironía con que Enrique Serna escudriña los tumores del alma nos muestra al desnudo las secretas intenciones que todos tratamos de ocultar en los avatares cotidianos de nuestra guerra fría con el prójimo: la lucha por el poder en las relaciones de pareja, la fuga hacia delante del rencor solitario, la imposibilidad de conciliar el individualismo hedonista con la entrega amorosa, los crueles espejismos de la vanagloria, las pequeñas y grandes traiciones que socavan la vida conyugal hasta convertirla en un campo minado.

Autor de algunos de los cuentos crueles más aclamados de la literatura mexicana contemporánea, en este libro de madurez Serna afina su vena satírica, más negra que nunca, y la astucia narrativa que han cautivado al público de varias generaciones.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Ana María Shua
Cazadores de letras

Minificción reunida



Cazadores de letras

Shua, Ana María

9788483935002

841 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En cada una de sus obras comprobamos, como ella apunta, que sus propuestas esenciales y breves están despojadas de carne, escapan a la lógica, son como fantasmas que burlan al lector poco atento. En el presente volumen se reúnen sus cuatro libros: La Sueñera, Casa de geishas, Botánica del caos y Temporada de fantasmas. A ellos se unen un grupo de inéditos bajo el nombre de Fenómenos de circo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)